

VILLARREAL, JUAN (1985) "Los hilos sociales del poder" en JOZAMI, Eduardo et. al., Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social, Buenos Aires, siglo XXI.

LOS HILOS SOCIALES DEL PODER

Juan Villarreal

2)

INDICE

I. INTRODUCCION.....	201
1. El témpano.....	201
2. La sociedad.....	211
3. El poder.....	214
II. LA SOCIEDAD MOVILIZADA.....	217
1. Una configuración social.....	217
2. Ductilidad de las clases.....	221
3. Las clases sociales.....	223
4. La Movilización.....	226
III. LA ESTRATEGIA DEL PODER.....	229
1. El Proceso.....	229
2. Las condiciones económicas.....	231
3. La unificación.....	237
IV. LOS CONVIDADOS DE PIEDRA.....	245
1. La fragmentación.....	245
2. Los obreros.....	247
3. Los empleados.....	253
4. Los independientes.....	256

3) V. CONCLUSIONES	261
1. Los de abajo	261
2. Reproducción de los empleados	265
3. Las vísperas	271
ANEXOS	273
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS	283

I. INTRODUCCION

1. EL TEMPANO

La redacción de este trabajo fue hecha en los meses posteriores a las elecciones nacionales de 1983 en la Argentina, por lo que buena parte de las reflexiones que se vierten tienen su punto de arranque en las perplejidades que esa coyuntura política plantea. Los resultados electorales novedosos pueden ser vistos como la punta del témpano que se asoma a la superficie, ocultando más de lo que muestra. La derrota electoral del peronismo, bajo ciertas condiciones de juego político, es inédita en el marco de las últimas décadas. Una estructura de las clientelas políticas que reconocía una historia de casi cuarenta años de existencia, se alteró radicalmente.

De ahí se derivan las preguntas iniciales: ¿La mutación electoral resulta de fenómenos coyunturales tales como las tácticas desarrolladas en la campaña por los distintos candidatos o expresa principalmente ciertos cambios estructurales producidos en las relaciones de dominación y en la constitución de la sociedad? ¿Independientemente del efecto específico de factores políticos e ideológicos en los resultados de la elección, pueden haber incidido cambios en la estructura social ocurridos en la época del último gobierno militar? Estas y otras preguntas guiaron la investigación.

Frecuentemente, las mutaciones en las relaciones de fuerzas políticas se entrelazan con cambios en la estructura

4) social, con alteraciones en la configuración de los grupos sociales que se desarrollan relativamente en silencio. Se trata de un diálogo en tono menor entre el poder y la sociedad, entre el entramado del Estado y componentes de la formación social como los grupos ocupacionales, las clases sociales, los partidos políticos y las tendencias ideológicas. En tiempos de la dictadura militar argentina reciente (1976-83), la inusual concentración de poder, la confluencia de múltiples iniciativas que expresaron un proceso social regresivo, posibilitó la realización de profundas transformaciones sociales en el contexto de un diálogo en el que el poder centralizado jugó el papel protagónico.

No se trató simplemente de cambios en el peso relativo de ciertos grupos que constituyen los hilos sociales del poder, las bases sociales de la dominación, sino de una honda reestructuración que afectó también los lazos tradicionales de representación, el comportamiento de los actores de la sociedad civil y la constitución de las identidades políticas, culturales, ideológicas. En este sentido podría decirse que el poder dictatorial —en sus diversas manifestaciones que atravesaron todo el cuerpo social— no actuó solamente en lo represivo, sino también como formador de consenso y, más aún, en su carácter "productivo". Independientemente de la mayor o menor conciencia de sus protagonistas, incluso más allá de los objetivos explícitamente formulados, se "produjo" un vasto proceso de reestructuración social tendiente a fortalecer las bases de la dominación, a fragmentar a las clases subalternas, a individualizar las conductas sociales, a rearticular las formas constitutivas de la sociedad civil.

Para llevar adelante esta estrategia de poder —resultado objetivo del accionar de un conjunto de fuerzas sociales—, fue necesario desarrollar una política represiva de "tierra arrasada" que creara las condiciones de posibilidad de los cambios a producir. Pero el encandilamiento con los aspectos más extremos de esa política represiva que dejó su secuela de muertes, desapariciones y destrucción, no debería hacernos perder de vista otras facetas del accionar de la dictadura que tendieron a *cambiar la sociedad*, las conductas individuales o los mecanismos de representación.

Es que cambios como la concentración del poder económico en manos de los grandes propietarios o la fragmentación, heterogeneización, individualización, de las clases subordinadas alteran las bases sociales de sustentación de los actores políticos y en esa dirección se orientó el accionar del proceso regresivo. Es así que se trató de cambiar el terreno sobre el que se mueven las maniobras políticas y económicas. O sobre el que se movían.

Los avances de las movilizaciones populares que presentó la Argentina en la década de los sesenta y en la primera mitad de los setenta, se vinculaban con la recurrencia de una crisis política protagonizada por la ingobernabilidad de las masas y posibilitada por la indefinición hegemónica de los sectores dominantes en los ámbitos político, económico, cultural. Para explicar la continuidad de la crisis, se ha apelado a problemas como la cíclica inestabilidad de la vida política que resulta de la inexistencia de reglas comunes de juego institucional, la difícil incorporación del peronismo al orden político legalizado o la ausencia de representación política consensual por parte de la élite económicamente poderosa. Probablemente todos ellos contribuyen a dar cuenta de la inestabilidad consustancial a la Argentina posterior a 1955. Pero no ha sido debidamente señalado el hecho que dicha crisis política recurrente, o sucesión de crisis en las que se inscribía la presencia amenazadora de la movilización popular, se asentaba en una peculiar configuración de las bases sociales de poder: una estructura social que podríamos caracterizar como heterogénea por arriba y homogénea por abajo. Una estructuración de la sociedad, producto tanto de determinadas características del desarrollo económico argentino como del juego de relaciones de fuerza políticas a través de su historia, que se alejaba del perfil estructural de los países capitalistas más industrializados así como de la mayor parte de las formaciones latinoamericanas. Una sociedad que conjugaba una escasa centralización de capital que masificaba la estratificación interna de los propietarios y una considerable diversificación productiva que potenciaba el fraccionamiento de intereses, en el campo de los sectores dominantes, con una gran difusión de la relación

5) salarial y un peso mayoritario de los trabajadores industriales, en el plano de las clases subalternas.

Tal es el perfil societal que subyacía a la crisis política argentina previa a la dictadura militar, a la fase ascendente de las movilizaciones populares, a la ingobernabilidad de las masas. Tales fueron los términos del problema que enfrentaron las fuerzas sociales que aglutinó el gobierno militar. Los conflictos irreconciliables entre estratos o fracciones de las clases propietarias, sus fracturas ideológicas que se expresaban en términos de "nacionalismo" frente a "liberalismo", sus contradicciones políticas, hablaban de una fragmentación por arriba que no alcanzaba a resolverse en hegemonía sino que se expresaba en situaciones de empate, exclusión, enfrentamiento. Enfrentamientos en los que terciaba la presencia amenazante, prefigurando la posibilidad de una alternativa propia (a la que favorecían más las condiciones externas que la autoconciencia), de unas clases subordinadas cuya capacidad de movilización se potenciaba por el peso dominante de los obreros industriales y la homogeneidad en las condiciones de trabajo, de ingresos, de vida comunitaria.

Propietarios medios orientados al mercado interno frente a grandes productores ligados a la exportación, industriales ante empresarios agrarios o intereses vinculados a la producción frente a las fracciones situadas en el campo de la circulación, presentaban el cuadro de una heterogeneidad conflictiva que se potenciaba con alianzas sectoriales que incluían a las clases subalternas. El marco de *sectores populares* que incluía entre las bases sociales del peronismo a determinados sectores propietarios de la industria, conjugados con las *clases subalternas* y especialmente, con los obreros, se constituía en el índice de un eje industrial-obrero desestabilizador. Máxime cuando la alianza presentaba el equilibrio inestable entre unos propietarios industriales relativamente débiles y un movimiento obrero con considerable fuerza social, económica, política.

El peso del movimiento obrero se asentaba —entre otros factores que incluyen a la historia de lucha, organización y conciencia— en la homogeneidad de las clases subalternas.

El considerable predominio de los asalariados entre los trabajadores y de los obreros entre los asalariados, expresaban el núcleo de una homogeneidad básica. La articulación política en el peronismo complementaba la imagen y, al mismo tiempo, reproducía las condiciones homogeneizantes, en un proceso dinámico de formación de clases sociales concretas. Producto del desarrollo económico, pero también de determinada historia política. Ciertas fragmentaciones que atraviesan el mundo del trabajo como las calificaciones, los trabajos concretos, niveles de salarios y diferenciaciones sectoriales, estaban presentes con su fuerza centrífuga. Pero la heterogeneidad clásica de América Latina que distingue a los trabajadores entre obreros y campesinos, asalariados y no asalariados, estables y marginales, no pesaba fuertemente en el perfil estructural de los sectores no propietarios de la Argentina.

Estas condiciones estructurales estaban en proceso de cambio cuando hizo su aparición la dictadura. Las fuerzas sociales y los factores que impulsaban el acentuamiento de la dependencia, el achicamiento de la sociedad, la fragmentación de los sectores populares, se habían manifestado anteriormente generando un proceso de "latinoamericanización" de la sociedad argentina. Pero el período de la dictadura llevó esas tendencias hasta el límite en que dieron lugar a una verdadera reestructuración social. La concentración de poder, la multiplicidad de efectos que conformaron el proceso social regresivo, se expresaron en una estrategia de mutación de la estructura social. Más allá de la conciencia de los protagonistas, se produjeron efectos de poder tendientes a fortalecer las bases de la dominación de los grandes sectores propietarios, homogeneizando su situación social y fragmentando las bases sociales de los grupos subalternos.

El intento de unificación por arriba se desarrolló en un triple movimiento de concentración, hegemonía y representación.

Concentración, ya que una de las consecuencias fundamentales del proceso fue la centralización de capital, la reconversión del aparato productivo en aras del eficientismo

57) y el fortalecimiento del poder en la cúspide. Hegemonía, porque más allá de las diversas etapas contradictorias que atravesó el gobierno militar, la tendencia al predominio del sector financiero constituyó la forma *genérica* de articular intereses. Representación, en fin, en tanto la defensa del conjunto de los intereses de los grandes sectores propietarios por parte de los militares, constituyó un intento unificador que, no por fallido, dejó de tener gran significación y considerables consecuencias sociales.

La fragmentación popular atravesó un sinuoso camino de recompensas y castigos. La desindustrialización implementada redujo el peso de los obreros industriales, la clausura sindical bloqueó sus formas de expresión corporativa y política. El crecimiento del trabajo no asalariado fortaleció la figura social de los trabajadores cuenta propia. El avance de la terciarización que multiplicó la presencia de los empleados y la creciente marginalización de trabajadores, completaron el cuadro de modificación de la estructura social. La mayoría obrera dentro del predominio salarial dejó de ser la imagen de homogeneidad y hegemonía características de las clases subalternas en la Argentina. En su lugar, como herencia de la dictadura quedó un espectro complejo de empleados, obreros, independientes y marginales.

Pero la diferenciación categorial de los trabajadores también estuvo acompañada de estratificación salarial, diferenciaciones sectoriales y ruptura de los mecanismos tradicionales de solidaridad social.

El proceso militar generalizó los resortes de poder de la sociedad disciplinaria, generó mecanismos represivos basados en la sospecha personal generalizada e instituyó una cultura del miedo en la que el poder ejerció el máximo de control individualizador de los sectores populares. Se impulsó una modificación en la forma de constitución de las clases subalternas que apuntaba a convertir la solidaridad en individualismo, la cooperación en competencia y la homogeneidad en fragmentación¹; es que el control social que se

¹ La actuación represiva reconoce vínculos con el estilo de las sociedades disciplinarias, de las que habla Foucault. "Las disciplinas

ejerce desde los centros de poder enfatizando la "visibilidad" individual de los gobernados, requiere para hacerse efectivo que se generen condiciones económico-sociales de ruptura de la solidaridad social. En este plano se inscribió la estrategia de fragmentación de los sectores populares, de rearticulación, de individualización. Fue coherente con un sueño de poder omnímodo que controlaba las voluntades individuales; reprimiéndolas, transformándolas, disciplinándolas. Pero generó, al ritmo de sus fracasos, un sueño popular complementario de democratización. La memoria de lucha de los trabajadores y demás clases subordinadas, pudieron más que los mecanismos de control del bloque en el poder. De todos modos, el proceso regresivo dejó sus huellas marcadas en la estructura social.

Estos fenómenos de transformación de la sociedad son el objeto central de análisis en este trabajo. Para avalar las afirmaciones que se hacen apelaremos a información estadística disponible sobre cambios en la ocupación, la producción y los ingresos. Pero más allá de la mera constatación de los hechos y su descripción en términos económico-sociales, las afirmaciones realizadas plantean algunas hipótesis sobre el marco político en que se sitúan. Aunque en el trabajo no las tomaremos como objeto a profundizar, ni las ilustraremos con información empírica que les dé verosimilitud, parece relevante mencionarlas para señalar la probable trascendencia de los cambios sociales relevados. De cualquier manera, se trata de un señalamiento a investigar.

marcan el momento en que se efectúa lo que se podría llamar la inversión del eje político de la individualización. En sociedades de las que el régimen feudal sólo es un ejemplo, puede decirse que la individualización es máxima del lado en que se ejerce la soberanía y en las regiones superiores del poder"... "En un régimen disciplinario, la individualización es en cambio 'descendente': a medida que el poder se vuelve más anónimo y más funcional, aquellos sobre los que se ejerce tienden a estar más fuertemente individualizados; y por vigilancia más que por ceremonias, por observaciones más que por relatos conmemorativos, por medidas comparativas que tienen la 'norma' por referencia, y no por genealogías que dan los antepasados como puntos de mira; por 'desviaciones' más que por hechos señalados". (Foucault, 1982, p. 197.)

La principal de esas proposiciones afirma que el proceso de la dictadura militar contribuyó a que la sociedad argentina transitara un camino que va de la crisis política a los umbrales de una crisis orgánica.

Reestructuración de la sociedad, crisis de representación, desplazamiento de las identidades políticas, no son términos idénticos. Se conjugan en determinadas condiciones históricas como las que signan a la Argentina actual.

Un partido, una clase, una tendencia cultural, no constituyen un todo orgánico y uniforme. Normalmente, su punto de partida es la desarticulación de voluntades. Su proceso de articulación se desarrolla en diálogo con el poder fragmentador. Pero cuando la concentración de poder es tal como la que verificó el proceso regresivo de la última dictadura, su capacidad desarticuladora se manifiesta en todos los niveles de la sociedad, excluyendo al bloque en el poder. El Estado absorbe parte de la sociedad civil, parte la destruye y el resto es silenciado. Se eliminan organizaciones políticas, formas de expresión de los intereses populares, entidades sindicales y grupos culturales o artísticos. Se fuerza la transformación de los objetivos políticos de los partidos, se inhibe el intercambio dinámico entre dirigentes y dirigidos, se deja a múltiples sectores sociales sin mecanismos de expresión corporativa o política. La ausencia o debilitamiento de los canales de representación, conjugada con la reestructuración de la sociedad que crea nuevos grupos sin conformar sus mecanismos de articulación política, generan una situación de disponibilidad social. Entonces se producen modificaciones en las normas de funcionamiento de los actores políticos, cambios en las identidades políticas tradicionales, resultados electorales inesperados. El cuadro de situación se aproxima a las condiciones de una "crisis orgánica"; aunque no llega a constituirse como tal en un sentido pleno².

² La situación de crisis y reestructuración social a la que hacemos referencia, fue señalada ya por autores como F. Felich y R. Zavallata. Aunque el proceso argentino no llegó a constituir una "crisis orgánica", expresa ciertas tendencias en esa dirección. De ahí que sea pertinente citar la caracterización de Gramsci al respecto. "¿Cómo se forman estas situaciones de contraste entre representados y re-

Es en este marco que analizaremos los cambios producidos en la estructura social argentina de los últimos años, resultado de tendencias de largo plazo en el contexto de la dependencia y del efecto complejo de un conjunto de iniciativas que se desplegaron desde el poder dictatorial. Iniciativas políticas, económicas, sociales, culturales, que modificaron el cuadro social. ¿Resultado de un proyecto de poder de los militares? En parte. ¿Obra de una acción molecular en la que se conjugaron múltiples iniciativas sin sujeto? Fundamentalmente; porque el proceso social regresivo que expresó políticamente la dictadura conjugó diversas fuerzas institucionales, productivas, sociales.

Algunos grupos sociales se masificaron, otros perdieron peso en la sociedad, pero principalmente cambiaron las formas de estructuración de las relaciones que contenían a unos y otros. Es por eso que los términos de la escena política tenían que transformarse; tendrán que seguir cambiando, y la situación de crisis permanecerá un cierto tiempo hasta que se rearticule la sociedad civil. Más allá de otros factores que explican su ocurrencia, las movilizaciones populares que acompañaron los sucesos de las Malvinas se constituyen en síntoma de esa situación de ruptura de los lazos de representación. La percepción difusa del fenómeno por parte del gobierno militar —percepción que abarca la

presentantes' que desde el terreno de los partidos (organizaciones de partido en sentido estricto, campo electoral —parlamentario, organización periodística) se transmiten a todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de las altas finanzas, de la Iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes a las fluctuaciones de la opinión pública? En cada país el proceso es diferente, aunque el contenido sea el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente que ocurre ya sea porque dicha clase fracasó en alguna gran empresa política para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (la guerra por ejemplo) o bien porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeños burgueses intelectuales) pasaron de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su caótico conjunto constituyen una revolución. Se habla de 'crisis de autoridad' y esto es justamente la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto". (Gramsci, 1975, pp. 16-17.)

8) existencia de grupos sin canales de participación, así como el progresivo descenso de su propio consenso—, explica tanto la decisión de emprender una guerra que la razón no aconsejaba, como el intento de instrumentar políticamente a las clases subalternas. Asimismo, la formación de canales nuevos de expresión política o cultural, así como la masificación de otros que ya existían, expresan esta situación de ruptura de lazos tradicionales de representación de amplios sectores populares que resulta del doble proceso de clausura política y reestructuración social. Entre estos canales nuevos se cuenta la masificación de las procesiones religiosas que alteran su forma tradicional, la emergencia de festivales de música juveniles, los clubes de discusión política, los agrupamientos culturales y las asociaciones de defensa de los derechos humanos. Fenómenos distintos, multifacéticos, pero que expresan en común el surgimiento de nuevas formas de expresión en las que se manifiesta la sociedad. Guerras movilizadoras, organizaciones sociales nuevas, son los poros por los cuales respira un cuerpo social oprimido por la dictadura.

Junto con los cambios electorales recientes, pueden ser vistos como síntomas de una crisis orgánica, de una ruptura de los lazos de representación, de desorientación y desmovilización políticas. Es por todo esto que decíamos que las elecciones dejaban asomar a la superficie la punta del témpano. Por debajo se sitúan los cambios sociales, políticos, económicos. Sobre éstos últimos hablan los trabajos precedentes de este libro. Aquí nos referiremos centralmente a las mutaciones sociales y ocupacionales. Las situamos en el contexto de posibles transformaciones de poder ya que este libro tiene, también, una intencionalidad política.

Retomemos, entonces, nuestra somera presentación de hipótesis acerca de las posibles consecuencias políticas que —en conjunción con otros factores— hace probable la reestructuración social ocurrida.

El congelamiento político, la clausura sindical, la individualización popular que quebraba los vínculos de solidaridad social o la mera destrucción de organizaciones populares, contribuyeron a deteriorar las formas de representación

ya que inhibían la interacción vivificante entre dirigentes y dirigidos.

En ese marco de negatividad y nuevas positividads, la dictadura logró cierto consenso, un consenso diferenciado que implicó diversas gradaciones de actividad y distintos niveles de ejercicio. Pero que fue deteriorándose al calor de los errores económicos, de la generalización del autoritarismo. La guerra de las Malvinas fue, en cierto modo, el último intento de recuperarlo y el más visible de los fracasos, porque evidenciaba las carencias de los militares en su función específica. Los actores de su limitado consenso quedaron en el aire y la crisis de hegemonía de los sectores dominantes se agudizó. Es así que se completó el cuadro de quiebra de las representaciones.

Las transformaciones de la sociedad no son más que un capítulo de toda esa historia. Pero un capítulo medular, porque partiendo de su constatación rigurosa —y aquí sólo plantaremos algunas líneas generales del fenómeno— es que las clases subalternas y, más ampliamente, todos los sectores populares, podrán reconstruir su accionar.

2. LA SOCIEDAD

Es habitual analizar las transformaciones sociales partiendo del movimiento de la economía. Pero la sociedad, la producción y las formas de conciencia, están preñadas de poder. Los cambios en la estructura social, las sencillas costumbres de la vida cotidiana, las categorizaciones de prestigio que atraviesan el tejido comunitario o el contradictorio proceso de constitución de clases sociales que recorren un camino de fragmentación, están marcados por la huella del poder a través de formas manifiestas, sutiles y cambiantes. Producción, sociedad y poder no son campos autónomos que guardan entre sí relaciones fijas, estáticas, unívocas: se trata, más bien, de aspectos interrelacionados del entramado social sujetos permanentemente a la dinámica del tiempo histórico, que los modifica, que altera sus relaciones, que cambia

frecuentemente su peso determinístico relativo o promueve el papel coyuntural de alguno de ellos.

En el análisis del proceso militar argentino reciente (1976-83), son mayoría los trabajos que parten de la perspectiva de los cambios económicos, analizando desde la clave productiva las modificaciones que la dictadura introdujo en la política, la sociedad o las formaciones ideológicas. O sencillamente enfatizan de tal modo el proceso de acumulación de capital, las características peculiares de la política financiera o el esquema de desarrollo industrial, que los demás aspectos de este período quedan en un cono de sombra.

Al menos en la tradición marxista de pensamiento, en sus formas más generalizadas, todavía es lugar común participar de las variantes más diversas del economicismo: sea que se trate del determinismo económico lineal al estilo de Bujarin, del implícito economicismo voluntarista que desarticula el campo restringido de la recurrencia de leyes económicas del de la aplicación de la voluntad política siguiendo a Lukacs, o de las formas más sutiles de determinismo que analizan los fenómenos del poder como pura emergencia de los conflictos de clase en la versión de Poulantzas³. De esta manera, se establece una direccionalidad causal unívoca entre economía, sociedad y poder, que limita el análisis de los hechos históricos en toda su riqueza. Pero este modo de pensar no es patrimonio exclusivo de la perspectiva mar-

3 "En la forma de la superstición economicista, que es la más difundida, la filosofía de la práctica pierde una gran parte de su expansividad cultural en la esfera superior del grupo intelectual, aunque la consiga en las masas populares y entre los intelectuales de perra gorda, los cuales no deciden nunca cansar el cerebro, pero gustan de parecer listísimos, etc. Como escribió Engels, es muy cómodo para muchos creer en la posibilidad de conseguir a bajo precio y sin ningún esfuerzo, al por mayor, toda la historia y toda la sabiduría política y filosófica concentrada en alguna fórmula. Una vez olvidado que la tesis según la cual los hombres consiguen en el terreno de las ideologías conciencia de los conflictos fundamentales no es una tesis de carácter psicológico, se produce la *forma mentis* que considera la política, y por tanto la historia, como un continuo *marche de dupes*, un juego de ilusionismo y de prestidigitaciones." (Gramsci, 1978, pp. 405-6.)

xista, sino que se presenta en las más diversas corrientes de pensamiento.

En el tratamiento de los cambios ocurridos en la sociedad argentina, particularmente en su estructura ocupacional y social, que es el objeto de este trabajo, pondremos el énfasis en la perspectiva del poder. Estarán presentes los condicionamientos productivos de una relación histórica de dependencia recientemente agudizada, pero el centro de gravedad del análisis de las transformaciones sociales que dejó como herencia la dictadura se situará en una mirada desde el poder, para tratar esos cambios en la estructuración social fundamentalmente como efectos del poder. No diremos que otras perspectivas de explicación posible carezcan de validez, ni siquiera afirmaremos que la visión desde el poder contenga mayor fuerza determinística. Simplemente se tratará de rescatar una visión de la sociedad desde el huido terreno de la política, en una coyuntura histórica determinada y suponiendo algún grado de poder explicativo, por parte de esta perspectiva, para los cambios ocurridos recientemente en la sociedad argentina⁴.

Es que pensamos que el proceso social regresivo —con múltiples aristas, que convocó una compleja conjunción de voluntades y que no se agotó en los rasgos peculiares de sus protagonistas— que expresó la dictadura militar del período señalado, adquiere su principal significado en términos de poder. Toda la reacción histórica al avance contradictorio de las masas populares, que se consuma en la segunda mitad de la década de los setenta, aparece estrechamente asociada a la necesidad de resolver problemas de crisis política, de ingobernabilidad de las clases subalternas y de creciente movilización de las masas. Había dificultades económicas, la crisis mundial golpeaba las puertas del país y la sociedad se conmocionaba, pero todo ese conjunto de problemas adquiría una dimensión concentrada en la figura del poder. En

4 La presentación conjunta en este libro de dos textos que incorporan la perspectiva económica, sin caer en el reduccionismo, junto al presente trabajo que enfatiza los aspectos socio-políticos, hacen posible aproximarse a un tratamiento más amplio de la dictadura.

10) la Argentina la sociedad había puesto en jaque al poder y el poder debía responderle a la sociedad: entre muchos otros aspectos, la respuesta que aquí nos ocupa se refiere al proceso de reestructuración social que desde distintas instancias se generó en ese momento histórico. Pero veamos en qué sentido hablamos del poder.

3. EL PODER

¿Qué es el poder? ¿En qué consiste analizar los efectos políticos, sociales y económicos del gobierno dictatorial que vivió la Argentina en estos años recientes? ¿Se trata de identificar a los protagonistas de la gestión estatal, de analizar el cuerpo de leyes establecidas y de orientarse a la detección de los intereses implicados? El poder es algo mucho más difuso, general y complejo que una forma de gobierno, que sus protagonistas o sus leyes. Se constituye a partir de una red variable de relaciones de fuerza que recorre la totalidad social produciendo efectos diversos, de una imbricación compleja de relaciones de dominación que no se reconoce verazmente en la simple oposición entre gobernantes-gobernados, no se sitúa en un único punto identificable como gobierno del poder estatal. De este modo, no se trata de una lucha entre sectores, clases o partidos disputándose un poder que, como cosa, es externo a ellos y del que pueden apoderarse. Se trata, más bien, de la coexistencia de múltiples relaciones de poder en puntos y niveles distinguibles, recorriendo como una red compleja las instituciones, partidos, grupos sociales, aparatos estatales y tendencias ideológicas⁵. Aquí se visualizan el entrecruzamiento de

⁵ "El análisis en términos de poder no debe postular, como datos iniciales, la soberanía del Estado, la forma de la ley o la unidad global de una dominación: éstas son más bien formas terminales. Me parece que por poder hay que comprender, primero, la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incessantes las transforma, las

estrategias y tácticas diversas interrelacionándose, la fragmentación-homogeneización de las bases sociales de poder de distintos grupos, y los movimientos permanentes de acumulación o pérdida de poder, con sus continuos desplazamientos.

Desde esta perspectiva, el período de gobierno militar que se inicia en 1976 aparece más que obra exclusiva de una cúpula militar— como expresión de un proceso social regresivo que conjugó las iniciativas de múltiples fuerzas sociales. La reacción concertó el accionar de sectores militares, religiosos, políticos, sociales. Resultó de un proceso general de respuesta autoritaria, disciplinaria, represiva, a los avances de radicalización y lucha de los sectores populares en los años anteriores. Orientados, presionados, amplios sectores sociales apoyaron la lucha contra la subversión, callaron acerca de las manifestaciones de la "guerra sucia" y consolidaron la restauración del orden.

Pero el proceso regresivo conducido por los militares realizó una alta concentración de poder que, en un sentido más estratégico, produjo efectos de recomposición de las bases sociales de poder para modificar un ordenamiento estructural que había hecho crisis. La concentración autocrática del poder permitió la aplicación represiva tanto como "productiva" del mismo. Represiva, porque se destruyeron organizaciones diversas de la sociedad y se aplicó la fuerza sobre los individuos y los grupos sociales. Productiva, porque se generó un apreciable consenso de restauración del orden, se estimuló el individualismo social, se apeló a diversos mecanismos de recreación y, fundamentalmente, porque se desarrolló un proceso de reestructuración general de la sociedad.

Hubo un plan político, hubo también un proyecto económico y las condiciones de concentración de poder óptimas

refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de modo que formen una cadena o sistema, o, al contrario, los corrimientos, las contradicciones que ablan a unas de otras; las estrategias, por último, que las tornan efectivas, y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales." (Foucault, 1977, pp. 112-113.)

11) para poder aplicarlos. Pero las consecuencias del accionar militar fueron más producto de las circunstancias, del juego de conflictos sociales, de las contradicciones internas, que de esos planes. Es por ello que trataremos las mutaciones ocurridas en la estructura social considerándolas como efectos *objetivos* del poder —poder económico, ideológico, social, pero principalmente político— como resultado de múltiples iniciativas y producto de un proceso social restaurador. Obviamente, los planes ahudidos también integran el espectro.⁶

II. LA SOCIEDAD MOVILIZADA

I. UNA CONFIGURACION SOCIAL

Ahora bien, en este trabajo no se analizarán en detalle las condiciones generales del proceso político-militar, ni siquiera las repercusiones económicas del mismo, sino fundamentalmente los cambios en la estructura social que produjo vistos como bases de sustentación de las relaciones de poder. Es así que debemos considerar ante todo cuáles fueron los problemas que, en este nivel, enfrentó el proceso regresivo que expresó la dictadura.

En la historia argentina, industriales y agrarios, élite conservadora económicamente dominante sin partido de masas y partidos de masas, nacionalistas y liberales, civiles y militares, expresan con sus particularidades —que implican la constitución de relaciones de fuerza que se manifiestan en puntos y niveles distintos, con sus propias inflexiones y su específica temporalidad—, la constancia de enfrentamientos político-ideológicos, en condiciones de mutua exclusión y sin posibilidad de estructurar una estrategia de dominación hegemónica duradera para asegurar reglas de poder socialmente aceptadas. La crisis permanente de la producción, la sociedad y el poder en la Argentina, con sucesión de formas de dominación diversas que se alternaban, con explosiones sociales que hablaban de la ingobernabilidad de la sociedad, con proyectos económico-políticos contradic-

⁶ Acerca de los proyectos económicos aplicados, son suficientemente ilustrativos los trabajos precedentes de Pedro Paz y Eduard Jozani. Asimismo, en lo que hace al análisis de las transformaciones económicas ocurridas antes y durante el gobierno militar.

18) torios que se sustituían en el tiempo, obedece a razones diversas.

Aquí nos centraremos en un aspecto del problema, sin pretender agotarlo ni invalidar otras explicaciones parciales, el que tiene que ver con la peculiar configuración de una estructura social heterogénea por arriba y homogénea por abajo. La múltiple recurrencia de desavenencias entre industriales-agrarios, terratenientes-capitalistas, especuladores-productores y propietarios grandes-pequeños, recorre con su secuela de conflictos permanentes la historia argentina de las últimas dos décadas, hablándonos de una heterogeneidad de intereses y orientaciones políticas en los grupos dominantes, y de la imposibilidad de establecer un proyecto hegemónico de poder relativamente estable. En este contexto, la relativa masificación de los sectores propietarios se expresa como conflicto entre estratos de las clases dirigentes. Es así que los productores pequeños y medianos tienden a orientarse hacia la ampliación del mercado interno, el intervencionismo estatal y el desarrollo industrial. Por abajo, en cambio, la temprana industrialización capitalista, la alta urbanización y el peso generalizado de relaciones salariales, dieron lugar —en conjunción con otras determinaciones específicamente políticas— a un peculiar grado de homogeneización relativa de las clases subalternas sobre la base de la localización común, la generalización del trabajo asalariado y la condición obrera. Homogeneización relativa, decimos, comparada con la mayor parte de las situaciones latinoamericanas, pero que no obsta para que, de todas maneras, en los sectores populares argentinos se manifiesten las fragmentaciones diversas que atraviesan siempre a las clases subalternas, tal como lo veremos más adelante. Fragmentaciones espontáneas, fragmentaciones producidas, en un complejo proceso de lucha por la unificación social y política de los sectores populares.

Los cuadros I y II ilustran acerca de estas particularidades¹.

¹ Para la elaboración de estos cuadros se toman inicialmente datos de 1960, ya que es en esa década que se inicia el proceso de mo-

El abultado porcentaje de empleadores entre las categorías ocupacionales del país que se observa en el cuadro I, visto comparativamente, evidencia el peso social considerable de diferentes estratos de propietarios. Expresa una de las formas básicas de heterogeneidad por arriba. En cambio, la escasa presencia de trabajo independiente, en el contexto de los países latinoamericanos, pone de manifiesto el grado de difusión de relaciones salariales que homogeneiza la situación de las clases subalternas.

Una situación típica en los países centrales la ejemplifica en el cuadro Gran Bretaña, con escasa independización (presencia de independientes) y alta centralización (escasos empleadores con elevado poder económico). El perfil estructural generalizado en América Latina evidencia la combinación de independización y centralización. El cuadro I nos presenta la situación de la Argentina con sus peculiaridades que la diferencian de uno y otro perfil: escasa centralización, baja independización. Solamente los perfiles básicos de las sociedades chilena y uruguaya se aproximan, en algún sentido, al de nuestro país.

En cuanto a la homogeneidad por abajo, el cuadro II precisa la imagen, evidenciando el elevado peso —también aquí en relación con otros países latinoamericanos— del trabajo no agropecuario entre las ocupaciones sectoriales. Proletarización, urbanización, industrialización, son los rasgos que caracterizan a la estructura social. Pero agreguemos aquí que si los asalariados representaban en 1960 el 72% de la población activa, los trabajadores directos de la esfera de producción material eran el 57% del total de asalariados de base². De tal manera que los grupos subalternos en la Argen-

vilización popular que desemboca en la situación actual. El perfil estructural de aquella época constituyó las bases sociales del accionar de las masas al que dio respuesta el proceso regresivo de la dictadura. Obviamente, la historia de las luchas sociales y sindicales en Argentina reconoce un tiempo más largo ciclos distintos, que se asocian a identidades políticas diversas: anarquistas, socialistas, comunistas, radicales, peronistas, etc.

² Según datos del Censo Nacional de Población, 1960, INDEC.

13) tina no presentaban la clásica fractura latinoamericana entre obreros y campesinos, asalariados y no asalariados, urbanos y rurales. Sobre la inmensa mayoría salarial, proyectaba su sombra el predominio obrero.

Pero estas características peculiares de la sociedad argentina, venían transformándose en un auténtico proceso de "latinoamericanización" que se presenta ya en la década del 60. Se verificaba un triple mecanismo de centralización, independización y terciarización. La aceleración de su ritmo, el cambio de sus rasgos y, fundamentalmente, su inscripción en una estrategia de poder reestructuradora y disciplinaria, indican el nuevo carácter que asumen estos procesos en la época de la dictadura. De todos modos, el proceso de latinoamericanización señalado, se observa cuando consideramos los datos del cuadro III. Allí se presenta el progresivo aumento del trabajo independiente y la pérdida de peso de los propietarios en la Argentina.

Aún así, la sociedad sigue presentando los rasgos diferenciadores que la distancian de la mayoría de los países latinoamericanos tanto como de las sociedades centrales. El predominio asalariado y la escasa centralización siguen definiendo a una estructura social singularizada. En América Latina, el perfil de la sociedad evidencia homogeneidad en una cúspide concentrada y fractura en la base por el escaso peso de la relación salarial: en este sentido y según los datos del cuadro, Ecuador y Honduras aparecen como casos paradigmáticos. En los centros capitalistas, ejemplificados por Gran Bretaña y Estados Unidos, se presenta una paridad de homogeneidad en ambos niveles de la sociedad.

¿Pero cuál es la significación de este problema de la fragmentación de las clases en una sociedad?

Entre los trabajadores directos se excluyen los profesionales, técnicos, gerentes y funcionarios jerarquizados. La producción material comprende agro, minas, canteras, manufacturas, construcción, electricidad, gas, agua, transporte, almacenaje y comunicaciones. Si bien no todas son actividades de producción directa de bienes materiales, se caracterizan por guardar una relación estrecha con el proceso productivo y conforman en conjunto el núcleo laboral de la clase obrera productiva.

2. DUCTILIDAD DE LAS CLASES

Hagamos una digresión pertinente sobre el carácter de homogeneidad de las clases sociales, especialmente de las clases subalternas³.

En líneas generales, las teorías de las clases sociales han participado de ciertos excesos de abstracción, homogeneización excesiva y síntesis apresurada.

Quando se habla del proletariado en general, suele presentárselo como una clase altamente homogénea, con una fuerte tendencia a la conformación de conciencia social unificada y con intereses económico-políticos comunes, independientemente de su diferenciación interna en términos de historias nacionales o regionales, de sectores de actividad laboral y de oficios distintos. Se parte necesariamente de una concepción totalizadora que presenta al proletariado como una clase internacional homogénea, con intereses similares, o como clase nacionalmente uniforme y con alta

3 Existe toda una tradición de análisis de las clases sociales, habitualmente tributaria de cierto economicismo, que las concibe partiendo del exclusivo nivel de producción-acumulación, en el que las clases se presentan en forma abstracta, simple y homogénea. Aquí planteamos que las clases pueden definirse básicamente a partir de su posición en las relaciones de producción, pero que es necesario introducir complementariamente el nivel de circulación-reproducción para dar cuenta de sus especificidades. Es en este nivel que se encadenan los fenómenos de producción y poder, adquiriendo entonces las clases un carácter dinámico, fragmentario y dúctil. Su papel en la circulación las divide en fracciones diversas, el proceso de reproducción las conecta en su diálogo de poder y la lucha política expresa sus recomposiciones. "Dispersa y diluida la relación con la 'producción' por el aislamiento de los productores directos en las 'categorías económicas' y en los aparatos correspondientes, y por la expansión del trabajo improductivo, la descomposición de las clases fundamentales y la reorganización de los sujetos en la lógica de otros contenidos o funciones, y en el formalismo del rédito, se presenta como la *productividad política de la circulación* que el mismo Marx pone como centro del análisis del libro segundo, y sobre el cual es necesario concentrar el trabajo de investigación, saliendo del esquema economicista orientado a afinar la noción de 'producción de plusvalor' como lugar exhaustivo para la génesis y la morfología de las relaciones entre clases". (De Giovanni, 1984, p. 252.)

14) probabilidad de generar un accionar común. Pero la realidad histórica nos presenta otra imagen. Asalariados del centro o la periferia capitalista, de naciones o regiones distintas, obreros industriales o agrarios, trabajadores de grandes o pequeñas empresas, trabajadores estables o intermitentes, de zonas agrícolas atrasadas o de zonas industriales de alto desarrollo capitalista, migrantes o nativos, etc., componen un variado espectro de situaciones laborales que dan evidencia de la fragmentación objetiva que presentan los elementos componentes de una clase social concreta.

En un análisis de las clases sociales —y particularmente de las clases subalternas— es esencial partir de esta realidad fragmentaria y no sustituirla rápidamente, por la imagen ideal de una clase homogénea y monolítica. Como lo señala claramente Gramsci: “Las clases subalternas, por definición no se han unificado y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en ‘Estado’: su historia, por tanto, está entrelazada con la de la sociedad civil, es una función ‘disgregada’ y discontinua de la historia de la sociedad civil y, a través de ella, de la historia de los Estados y grupos de Estados”.⁴

Es que las condiciones y la tradición histórica nacionales, regionales y sectoriales, influyen decisivamente para conformar fragmentos de grupos sociales con identidad propia y objetivos específicos. No se trata de determinadas estructuras de clase comunes a América Latina o al mundo capitalista, en las cuales se presentan los grupos sociales básicos tal como fueron expuestos en la teoría clásica del modo de producción capitalista. Se trata, más bien, de grupos y fragmentos de grupos sociales con historias y tradiciones específicas, con sus propios líderes, sus símbolos y leyendas, sus valores y objetivos. Esto es así en todas las clases sociales, pero particularmente en las clases dominadas, porque “la historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica”. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esta tendencia se

⁴ Gramsci, 1978, p. 491.

rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, sólo es posible mostrar su existencia cuando se ha consumado ya el ciclo histórico; y siempre que esa conclusión haya sido un éxito”.⁵

Es así que la fragmentación u homogeneidad de las clases, su capacidad de acción solidaria o individualizada, sectorial, parcial, se vuelve un punto de dilucidación de poder, el fiel fundamental que define la balanza de las relaciones de fuerza y un nudo de conflicto. En la estrategia de poder de los sectores dominantes frecuentemente está presente, intencionadamente o no, el “dividir para reinar”, fragmentar, individualizar, estratificar, a unas clases subalternas que no deben homogeneizarse para mantenerlas en el papel subalterno, subordinado y disgregado que la historia les ha asignado. Pero si bien en estos procesos de fragmentación-homogeneización juegan un papel relevante las condiciones estructurales, más importante aún es su propia historia política, su capacidad de expresarse en el juego directo del poder de manera unificada y la posibilidad de desarrollar mecanismos de cohesión material o ideológica propios. En este sentido, la relativa homogeneidad de los sectores populares en la Argentina es producto de una historia conflictiva en la que recurrentemente los grupos dominantes impulsaban la fragmentación. Veremos más en concreto este tipo de problemas en el siguiente punto, en relación con la definición de las clases.

3. LAS CLASES SOCIALES

¿Qué son las clases sociales? ¿Cómo se verifica el complejo proceso de constitución de agrupamientos sociales que llegan a tener un peso propio en las relaciones de poder? Digamos ante todo que los grupos sociales fundamentales no son independientes de las historias nacionales. Aquí se hace necesario rearticular la vieja distinción entre cuestión social

⁵ *Idem*, p. 493. Sobre este problema, ver asimismo Luckacs, *Historia y conciencia de clase*.

Ⓢ de o trais del pumero.

15) y cuestión nacional⁶. Una clase históricamente situada se gesta como tal a través de un intrincado proceso —que responde siempre a peculiaridades espaciales— de desarrollo económico, de configuración de determinadas relaciones de poder y de recuperación de tradiciones de lucha, organización y conciencia. ¿Se trata de posiciones estructurales abstractas que se definen en términos del lugar que ocupan los grupos sociales en las relaciones económicas, o más bien consisten en agrupamientos histórico-concretos que se van homogeneizando en el tiempo a través de relaciones disgregadoras de poder y atravesándolas continuamente? Al menos para América Latina —y particularmente en el caso argentino—, esta segunda alternativa parece la más adecuada para constituir una definición concreta de las clases:-----

En el temprano papel del Estado en la formación de las clases en América Latina, el fuerte desarrollo de un aparato estatal actuando en relación a una sociedad escasamente articulada, dieron lugar a la constitución de agrupamientos sociales heterónomos y a una identificación política que no se corresponde normalmente con la pertenencia objetiva de clase. No se trata aquí del proceso histórico de constitución de un tejido social complejo previo al desarrollo del Estado intervencionista que desarrolla partidos de clase, sino de una historia de la sociedad sobredeterminada por el Estado y las relaciones de poder. Planteadas así las cosas y volviendo a la situación de la Argentina, no parece posible caracterizar estructuralmente en forma clara a la clase obrera argentina moderna, sin hacer referencia al proceso de desarrollo político del peronismo o sin introducir el tema del eje obrero-industrial que se gesta en el país durante la segunda guerra.

Atravesada por fragmentaciones distintas, según se considere la diversidad de orígenes nacionales o regionales, el complejo mosaico de oficios o calificaciones, la participa-

⁶ La distinción que hemos hecho entre clases subalternas y sectores populares, se vincula con la que alude a las cuestiones social y nacional. Independientemente de la labilidad de las alianzas, los procesos de transformación social suelen dibujar la imagen de un entrelazamiento de ambos movimientos.

ción en ramas de actividad distintas, la diversidad de formas de conciencia o de inclinaciones ideológicas, la clase obrera argentina fué constituyendo su identidad difusa en el interior de su adscripción al movimiento popular, en el mismo proceso de puesta en crisis de la unidad política tradicional. A través de múltiples enfrentamientos puntuales que los situaban en algún punto de determinadas relaciones de fuerza, en diálogo permanente con el poder, acumulando toda una tradición cultural gestada en la lucha cotidiana, organizados desde y contra el Estado, los obreros fueron desarrollando su propia unidad política peronista bajo una envoltura contradictoria de identidad de clase y armonía de clases, de lucha contra el poder y subordinación al Estado, de autoconciencia y conciencia difusa.

El desarrollo en la Argentina de los obreros industriales como clase se fue gestando molecularmente, como proceso de constitución en el interior de un movimiento político que articulaba a industriales orientados al mercado interno, sectores medios pauperizados, intelectuales nacionalistas y grupos militares interesados en un industrialismo que parecía fortalecer la defensa nacional. Existió un dirigente "carismático" como Perón, hubo prácticas de gobierno y una elaboración ideológica adaptativa que recogía fragmentos de concepciones diversas: pero no se situó aquí el fundamento de su conformación política, sino en el complejo proceso social que fue subsumiendo bajo la identidad política peronista a un conglomerado de experiencias de lucha inscriptas en puntos, lugares y niveles distintos de las relaciones de fuerza ligadas al poder⁷. Así se fue desarrollando

⁷ "Se podría estudiar en concreto la formación de un movimiento histórico colectivo, analizándolo en todas sus fases moleculares, lo que habitualmente no se hace porque tomaría pesado el análisis. Se toman en cambio las corrientes de opinión ya constituidas en torno a un grupo o a una personalidad dominante. Es el problema que moderadamente se expresa en términos de partido o de coaliciones de partidos afines: cómo se inicia la constitución de un partido, cómo se desarrolla su fuerza organizada y su influencia social, etc. Se trata de un proceso molecular, minucioso, de análisis extremo, capilar, cuya documentación está constituida por una cantidad

16) un movimiento político polimorfo, con una ideología gelatinosa, un "gigante invertebrado" (como diría Cooke), pero que constituyó la forma de articulación política de amplios sectores populares.

4. LA MOVILIZACION

Ahora bien, el proceso de constitución del peronismo se verificó sobre la base de aprovechar la conjunción de intereses que posibilitaba una sociedad relativamente heterogénea en su cúspide y homogénea en su base, pero más aún se vivificó permanentemente a lo largo de cuarenta años desarrollando efectos de poder que fortalecieron sus bases de sustentación social. El poder nacional-popular reprodujo permanentemente las bases de su propio poder.

Industriales contra agrarios, burguesía moderna contra burguesía tradicional, propietarios medios contra gran capital monopolista, ante su debilidad relativa, buscaron apoyo en las masas obreras. Los sectores industriales, modernos, medios, establecieron así un cuadro de alianzas con las clases subalternas. Impulsaron un desarrollo industrial orientado al mercado interno que requería una apreciable redistribución de ingresos, dando el tono general de las políticas estatistas y posibilitando una armonización de intereses con los obreros. Estos impulsaron la orientación industrialista, estatista, nacionalista y redistributiva del movimiento, pero amenazando frecuentemente ir más allá en sus reivindicaciones, entrando en conflicto en la fábrica con sus aliados en la política y amenazando frecuentemente con el fantasma del poder obrero creciendo más allá de límites aceptables.

interminable de libros, folletos, de artículos de revistas y de periódicos, de conversaciones y debates orales que se repiten infinidad de veces y que en su conjunto gigantesco representan ese lento trabajo del cual nace una voluntad colectiva con un cierto grado de homogeneidad, con el grado necesario y suficiente para determinar una acción coordinada y simultánea en el tiempo y en el espacio geográfico en el que se verifica el hecho histórico." (Gramsci, 1972, p. 113.)

Socialmente homogéneos y ampliamente mayoritarios —los asalariados y entre ellos, los obreros—, potenciada su capacidad de resistencia al poder por su unidad política peronista —que, aunque implica una conciencia nacional y popular contradictoria, frecuentemente en las acciones de lucha desborda los límites de esa conciencia manifiesta y expresa formas latentes más avanzadas—; fortalecidos, más allá de su relativa subordinación, por la heterogeneidad y contradicciones de los grupos dominantes, los obreros peronistas —nucleando a su alrededor a otros sectores populares— comenzaron a presentarse, a principios de la década de los setenta, como virtual amenaza al orden establecido, como probable alternativa en los conflictos entre industriales y agrarios, nacionalistas y liberales, civiles y militares. Era la amenaza de un proyecto corporativo, que más que apoyarse en condiciones de factibilidad objetivas, surgió a la escena política ante los vaivenes dominantes, la crisis de ingobernabilidad y el empate hegemónico. Pero también surgió por la debilidad, difusividad y contradicciones de los sectores propietarios que compartían con los obreros y sectores medios el proyecto del movimiento.

Este proceso coincidió en el tiempo con el desarrollo de formas guerrilleras diversas que se orientaban hacia un cambio radical del sistema y que fueron teniendo cierta presencia en las clases subalternas.

No es que los jóvenes radicalizados (fundamentalmente los del peronismo) condujeran a la masa obrera, ni que los obreros buscaran cambiar radicalmente el orden establecido. Se trataba, más bien, de la peligrosa combinación de una masa asalariada homogénea (con su núcleo obrero movilizado) con poder social y peso económico crecientes, potenciada por el poder político que le confería su unidad partidaria en el peronismo, conjugada con la presencia activa de sectores juveniles radicalizados que impulsaban cambios más profundos y estimulados, por defecto, ante la incapacidad de los grupos dominantes de desarrollar un proyecto desarrollista, estabilizador, que articulara la diversidad de intereses.

III. LA ESTRATEGIA DE PODER

I. EL PROCESO

En estas condiciones se produjo el golpe militar de marzo de 1976; por todo lo dicho, los problemas que enfrentaba eran fundamentalmente políticos y quizás, en una de las formas más claras en la historia argentina reciente, las medidas económicas, sociales, culturales, se subordinaron a los objetivos de una estrategia de poder regresiva impulsada por las fuerzas sociales dominantes. Hubo una elaboración estratégica planeada por los dueños del poder, pero también efectos de poder que resultaron de un proceso social reactivo frente a los avances económicos, culturales, organizativos, políticos, ocurridos en el trabajo, en la vida comunitaria y en todos los ámbitos del poder y la sociedad, que habían experimentado los sectores populares en los años anteriores.

Tanto la dureza mayor de los empleadores con sus asalariados en cuanto a condiciones de trabajo, como las restricciones culturales abiertas o autoimpuestas, así como la terrible represión descargada sobre las organizaciones populares —entre otros puntos y niveles en que se ejerció un poder autoritario y devastador, pero multiforme—, expresan la multiplicidad de ejercicios de poder sistemático que enfrentaron a figuras sociales y políticas como el peronismo, los obreros, los guerrilleros, el sindicalismo, los intelectuales, sectores profesionales y otros grupos políticos y sociales.

18) Todo el cuadro de entrelazamiento de las clases subordinadas y los sectores populares fue castigado, disciplinado, fragmentado.

Podría decirse que los militares bajaron los salarios reales abruptamente para combatir la inflación, que desindustrializaron al país para aumentar la eficiencia capitalista de la producción abriendo el mercado interno a la competencia externa, que liberalizaron el mercado de capitales para estimular el uso eficiente de los recursos financieros, que eliminaron las restricciones al ingreso de capital extranjero para promover el desarrollo económico, o que proclamaron la subsidiariedad del Estado con su secuela de privatización a fin de controlar el déficit fiscal y estimular el auge del capital privado. Estos fueron los objetivos *manifiestos* del programa económico, que pareció tener una autonomía considerable respecto del poder representado por los militares, a tal grado que parecía subordinarse lo político a lo económico, Videla a Martínez de Hoz. Así planteados, parecen objetivos dirigidos a promover el desarrollo económico, efficientizar la economía y maximizar el uso de recursos disponibles. Desde esta perspectiva —y más allá de sus diversos vaivenes y avatares—, hoy podemos decir que los planes económicos desembocaron en un rotundo fracaso.

¿Pero éstos eran verdaderamente los objetivos fundamentales que se plantearon? ¿Es válido afirmar que la política fue subordinada a la economía? Aquí se sostiene que desde la óptica de una estrategia fundamental de poder aquellos objetivos económicos, así como su aparente fracaso, adquieren una nueva luz bajo la cual su fracaso se relativiza.

Los objetivos *latentes* del programa económico se inscriben en un conjunto de efectos de poder complejo, porque complejo fue el proceso social regresivo que expresó el gobierno militar —sin agotar todas sus implicancias—, que tuvieron que ver con destruir, golpear o dividir a sus enemigos: los sectores populares.

Los actores privilegiados de la primavera anterior fueron atacados en su vida, su libertad, sus ingresos, sus condiciones de trabajo, su capacidad de acción política y en las ba-

ses sociales de sustentación de su poder. Los fundamentos del poder social de los sectores populares se asentaban —entre otros factores que aquí no tratamos en profundidad— en esa peculiar combinación estructural de heterogeneidad por arriba y homogeneidad por abajo en la sociedad argentina, con implicancias económicas, culturales y fundamentalmente políticas. Si tal era el problema, entonces debían implementarse una serie de medidas que reestructuraran la sociedad invirtiendo los términos de la ecuación. No quiere decirse con esto que la búsqueda de la homogeneidad en los sectores dominantes conjugada con la heterogeneización de las capas subalternas, sea obra de un sujeto omnisciente.

Tiene que ver con cambios en la estructura social que se desarrollan en silencio, sin espectacularidad, pero que devuelven su imagen al poder cambiando las relaciones de fuerzas y creando condiciones nuevas de juego político. Son corrientes profundas que se llevan su tiempo antes de manifestarse en la superficie y que resultan de una configuración compleja de determinaciones sociales, políticas, económicas.

Sería ingenuo negar aquí el papel de las determinaciones económicas. No se supera consistentemente el simple economismo invirtiendo los términos de la relación causal, de un modo absoluto que lleve a pensar que todo lo que ocurre en la sociedad es obra de un poder omnímodo. En los cambios de la estructura social también se reconocen, sería equivocado negarlo, los resultados del desarrollo económico, los problemas seculares de estancamiento de la economía argentina y la peculiaridad de la reproducción subordinada dependiente.

2. LAS CONDICIONES ECONOMICAS

No pretendemos hacer un análisis exhaustivo de la evolución de la estructura económica de la Argentina. Simplemente trataremos de enunciar algunos problemas que han incidido en la configuración reciente de la sociedad, articulándose con las estrategias de poder y dando lugar a las transforma-

19 ciones sociales que nos ocupan. Aquí serán expuestos en sus líneas más generales —ya que no se ubica ahí el foco de atención de este trabajo— y con un grado de abstracción considerable.

El centro del análisis en esta parte se situará en el proceso de reproducción, ya que permite relevar el nivel en que se articulan la producción y el poder. Adicionalmente, se trata del campo de constitución de la fragmentación de las clases y de sus posibilidades de recomposición en relación con el Estado. También interesa destacar el peculiar carácter contradictorio de la reproducción subordinada en la Argentina, porque señala la ubicación social de un sector de trabajadores del que destacaremos su importancia más adelante.

En el tratamiento clásico del desarrollo capitalista, la acumulación de capital y la reproducción ampliada se identifican. Se trata al proceso de reinversión productiva del excedente generado a partir de un cierto nivel de formación de capital, como realidad constituyente de la reproducción en escala ampliada, en términos que no resultan limitados más que por la mera descomposición del excedente en capital reinvertido y renta consumida. Pero más allá del consumo de los capitalistas —o del pago de impuestos—, en una economía central desarrollada, el trabajo acumulado no encuentra otras limitaciones estructurales que limiten la ampliación de la escala de la producción. De ahí que, analíticamente, prácticamente acumulación y reproducción ampliada se vuelvan idénticas.

Esto es así, bajo ciertas condiciones, en el capitalismo del centro. Pero no se presentan de este modo los fenómenos en América Latina y particularmente en la Argentina. En las economías dependientes, las condiciones de desarrollo del capitalismo en base a relaciones de asimetría de poder reproducidas por proyectos políticos que tienden a acentuar la dependencia, producen una desarticulación considerable entre la formación de capital y la reproducción ampliada. Una magnitud apreciable la constituye el excedente de capital que se genera internamente y otra magnitud considerablemente menor —independientemente de lo que des-

cuentan los impuestos o el consumo capitalista— es la que se destina a la inversión reproductiva. Veamos cuáles son los factores principales que dan cuenta de esa desproporción.

a) *Flujo de excedente*: Las relaciones asimétricas de dependencia implican económicamente un flujo de excedente hacia los países centrales, en un marco de condicionamiento del proceso general de acumulación. Esto es así para la Argentina y, en general, el conjunto de América Latina. El pago de intereses de los préstamos internacionales de capital financiero, la remesa de utilidades que resulta de las inversiones extranjeras directas, los gastos por uso de tecnología de origen externo y la salida de excedente que se deriva del intercambio comercial desigual, no son más que algunas de las formas en que se manifiesta el flujo de excedente hacia los países centrales. En este sentido, los reclamos que en los foros internacionales realizan las naciones periféricas acerca de la necesidad de moderar los intereses de la deuda, de limitar la remesa de utilidades y controlar la creciente desigualdad en los términos de intercambio, dan cuenta de la vigencia del problema y de las dificultades que ocasiona al crecimiento de los países en desarrollo.

De cualquier modo, este flujo de excedente económico introduce un factor de asimetría entre la magnitud del capital generado internamente y el monto que queda disponible para la ampliación de la escala productiva, factor que indudablemente no se presentaba en el análisis clásico del capitalismo y que tampoco se verifica —sino todo lo contrario— actualmente en los centros mundiales.¹

b) *Distorsión del ciclo*: Clásicamente, el movimiento cíclico circulatorio del capital reconoce su eje articulador en el capital productivo —al menos en las condiciones del

¹ En el análisis que hace de la reproducción en México, Perzabal introduce el supuesto del flujo de excedente hacia el exterior como específico de los países dependientes. "La plusvalía (trabajo no retribuido), en gran medida es transferida a las economías centrales. Este supuesto está ligado a las condiciones en que se realiza la acumulación en las economías dependientes y subordinadas". (C. Perzabal, *Acumulación capitalista dependiente y subordinada*, 1979, Siglo XXI, México, p. 86.)

20) capitalismo competitivo adulto— y las formas funcionales comercial o financiera del capital se le subordinan.

Bajo esas condiciones, la producción industrial se constituye en el núcleo del proceso económico. Lo cual tiene que ver con el papel determinante que se le asigna a la producción en relación con las otras instancias de la economía capitalista y determina, asimismo, el papel hegemónico que tiene la ganancia industrial en las relaciones de distribución. Pero en las economías periféricas de América Latina (y en la Argentina) las cosas se presentan de otro modo: si bien el rol de factor *determinante* en última instancia le sigue correspondiendo a la producción en sentido estricto, el papel *dominante* en la presente coyuntura histórica parece detentarlo la circulación y particularmente el capital financiero. Un conjunto de determinaciones explica esta subordinación del capital productivo en el movimiento circulatorio del capital considerado desde el punto de vista de su globalidad, esta distorsión del ciclo del capital. Primero, la dependencia de las economías centrales a través del mercado mundial enfatiza el papel interno de la circulación financiera y comercial. Segundo, las específicas condiciones de crisis recurrente, frecuentes “revoluciones de valor” e inflación alta (y variable por sectores), determinan las condiciones más favorables de operación para aquellas formas de capital —como el capital financiero— que se benefician por su mayor movilidad; en condiciones de inestabilidad económica e inflación errática, la especulación financiera se convierte en la forma de inversión más rentable a corto plazo, sin arriesgar en negocios productivos. Tercero y último, la presencia, articulada con el proceso central de acumulación de capital, de formas de producción no salariales que se vinculan a través de la circulación con el núcleo de la formación capitalista, contribuye a darle una relevancia adicional a los capitales dinerario y comercial. Es así que este papel dominante de la circulación y el hecho de que se obtengan altas tasas de rentabilidad en las inversiones financieras —que se apropian del excedente económico sin contribuir directamente a la formación de trabajo productivo acumulado—, da lugar a un drenaje de recursos que podrían destinarse

a la reproducción ampliada, a la ampliación de la escala en que opera el capital productivo¹. De tal manera, esta peculiar distorsión del ciclo del capital en el sentido de subordinación del capital productivo, se constituye en un factor de desarticulación entre la formación de capital y la inversión reproductiva, particularmente en la Argentina reciente.

c) *Dependencia externa de equipos*: Otro de los factores principales que limita el ritmo de la reproducción ampliada es el escaso desarrollo interno del sector de producción de medios productivos que se insumen como capital fijo y la necesidad de importarlos de aquellas economías centrales que controlan el desarrollo tecnológico más avanzado del capitalismo mundial. En condiciones de recurrente dificultad en el balance de pagos —por razones vinculadas al flujo de excedente señalado— la capacidad de comprar los elementos necesarios para la reinversión se encuentra con graves limitaciones y esto se agrava, adicionalmente, porque el deterioro de los términos de intercambio encarece comparativamente los equipos productivos que se importan. Esto genera un proceso de reproducción subordinado a condiciones externas y presenta una mera forma en la que reaparece la discontinuidad entre acumulación y reproducción. En relación con el intercambio desigual, la magnitud del excedente formado que podría traducirse en inversión reproductiva, se ve disminuido en su poder de compra al cambiarse por equipos importados con precios desproporcionadamente elevados. De tal modo que, efectivamente y aquí también, se produce una distancia entre el excedente que se forma y el que se destina a la reproducción en escala ampliada.

Tales son, entonces, los factores principales que limitan la inversión reproductiva. Pero habíamos señalado que, en el análisis del capitalismo clásico y aún en los capitalismo actuales del centro, el excedente se descompone en capital

¹ Ver Revista *Economía de América Latina*, No. 4, marzo 1980 (“La hegemonía del capital financiero”), CIDE, México. Para un mayor desarrollo teórico de las afirmaciones que se hacen en este punto, ver: P. P. Rey, *Las alianzas de clases*, 1976, Siglo XXI, México.

21)

y renta de consumo. Lo que cabe agregar, como complemento a los puntos ya señalados, es que el consumo ostentoso e inadecuado al nivel de la acumulación de capital en que se encuentra la periferia, acentúa el drenaje de excedente que (como consumo de empresarios) se sustrae a la reinversión, cerrando el cuadro de la desarticulación entre acumulación y reproducción. Asimismo, la ampliación del Estado en sus actividades "no productivas" es otro factor que drena excedente que podría canalizarse a la reproducción ampliada. Este desarrollo limitado de la reproducción ampliada de capital,³ que —en la economía global— frecuentemente atraviesa por períodos de reproducción simple o restringida, determina un proceso de heterogeneidad estructural, de formación de sectores económicos informales que operan en un circuito de reproducción simple y de crecimiento del trabajo independiente. Pero más allá de esto, los límites de la reproducción ampliada, en condiciones de desarrollo de la composición orgánica de capital, determinan la tendencia al estancamiento de la demanda de fuerza de trabajo productiva. Aquí es donde aparecen los problemas estructurales del marginamiento ocupacional y el estancamiento de actividades de producción material como la industria manufacturera en países como la Argentina en los últimos años. La reproducción ampliada del capital productivo encuentra limitaciones en la peculiar formación del capitalismo dependiente, produciendo estancamiento o retroceso en las relaciones salariales y estimulando el crecimiento del trabajo independiente.⁴ En condiciones de cierto desarrollo tecnológico que la internacionalización de capital impone a toda economía para participar en un mer-

³ Estas son las condiciones que se presentan agudamente en el período dictatorial en la Argentina, en tanto el cuerpo productivo es sometido a un proceso desindustrializador, restrictivo, recesivo. Se conjugan allí determinaciones estructurales y estrategias de poder reestructuradoras, restauradoras.

⁴ Sobre estos problemas, tratados desde otra óptica y para un período de largo plazo, ver J. Villarreal, *El capitalismo dependiente*, 1978, Siglo XXI, México.

cado mundial interrelacionado, la débil reinversión en el ciclo productivo —y aún fases de desinversión y desacumulación industrial como las que vivió la Argentina en el período dictatorial—, tiene como efecto, ya no sólo el descenso relativo, sino la caída absoluta de la demanda de mano de obra en la industria, el crecimiento de la tasa abierta de desempleo y la derivación de trabajadores hacia actividades de servicios. Estos fenómenos contribuyen a fragmentar a los sectores populares y se combinan con estrategias de poder dirigidas a debilitarlos para reestructurar las condiciones de dominación.

Pero también en el campo de los sectores dominantes y su supuesta heterogeneidad básica, los aspectos económicos descriptos tienen su eficacia.

La dependencia económica, el estancamiento relativo de la reproducción, la tendencia al predominio de las actividades de circulación financiera y, en la específica coyuntura del ministro Martínez de Hoz, la implementación de una política monetarista concentradora de la riqueza, estimularon todos los resortes de concentración de poder económico que homogeneizaban a las clases dominantes alrededor de su cúspide.

Puede decirse que esa tendencia se manifestaba anteriormente en la sociedad argentina, expresando determinaciones económicas o efectos de las luchas políticas. Pero el ritmo, las características, las peculiaridades que asumió durante el período militar reciente, permiten visualizarla como parte de una verdadera reestructuración social.

3. LA UNIFICACION

Así como hubo determinantes económicos que inducían a la centralización de capital, más significativas fueron las políticas que se implementaron para acelerar este fenómeno, en el marco de un proceso que combinó una alta concentración de poder en manos de una élite militar, del capital financiero, los sectores terratenientes y del gran capital

9/97

2) monopolista. Estaban dadas las mejores condiciones históricas para llevarlo a cabo.

El intento de homogeneización de la sociedad por arriba se desplegó poniendo en juego una amplia gama de recursos y en circunstancias coyunturales que habían creado condiciones favorables para la unificación de los intereses sectoriales. La crisis del peronismo, la desobediencia obrera y la amenaza subversiva habían hecho temblar a los defensores del orden. Los grandes intereses se habían visto amenazados y no quedaba espacio para las minucias, la prolijidad o la defensa de cuestiones sectoriales. El mecanismo centralizador acelerado desde el poder creaba conflictos, pero las condiciones políticas no ponían a la orden del día las desavenencias secundarias y, por otra parte, podía modificar condiciones estructurales de heterogeneidad de intereses por arriba que posibilitaran un soñado retorno a los tiempos calmos de la dominación oligárquica.

3) La concentración de poder económico verificada produjo la satelización de capitales menores, la competencia extranjera que la política arancelaria promovía llevó a la quiebra a multitud de empresarios medianos o pequeños, y las dificultades económicas empujaron a algunos productores a las actividades comerciales o especulativas. Algunos empresarios pequeños cayeron seguramente en el trabajo independiente sin personal a cargo.

Los datos del cuadro IV ilustran a estos respectos en el crecimiento de los cuenta propia que puede expresar —en parte— la caída de sectores empresarios en el trabajo independiente.⁵ Pero más allá de la limitada validez de estos datos para medir el proceso de homogeneización en la cúspide por medio de la centralización, múltiples trabajos económicos coinciden en sostener que en los años en cuestión se verificó un acentuado proceso de centralización del poder económico. “El proceso concentrador implícito en la actual estrategia procede de una manera indirecta mediante

⁵ Es evidente que el escaso peso de los empleadores, para datos muestrales como los presentados, limita la posibilidad de extraer conclusiones.

la destrucción de multiplicidad de pequeñas y medianas empresas”... “De estos cambios estructurales sobrevivirán las empresas más fuertes (algunas pocas nacionales y extranjeras) dentro de una economía más simple y especializada conforme a sus ventajas comparativas”.⁶ De esta forma, centralizando el poder económico, destruyendo o debilitando a los empresarios menores, se homogeneizaba a los sectores dominantes alrededor de una élite productiva, financiera y comercial. Las bases sociales del proyecto popular quedaban así mermadas.

Pero hay un segundo aspecto importante en este proceso de homogeneización social y articulación de intereses. Es el problema de la hegemonía. La presencia de bases sociales de conflicto entre sectores, estratos o grupos de la cúspide dominante, se asienta en un doble fenómeno de heterogeneidad social y de desarticulación hegemónica. Homogeneizar los intereses dominantes y promover a un sector o grupo hegemónico que articule negociando la multiplicidad de reivindicaciones sectoriales, forman parte de un mismo proceso de poder consistente en unificar la dominación.

Es verdad que hubo diversas fases a lo largo del período militar, en que se combinaron intereses diversos, matices distintos, perfiles hegemónicos cambiantes. Pero en su perspectiva fundamental la búsqueda del predominio articulador de un sector, el proceso social regresivo que nos ocupa intentó desarrollarlo a través del capital financiero. Este sector, apto para conjuntar los diversos intereses sectoriales, apareció como el más idóneo para ejercitar su hegemonía y, por su peculiar fuerza centralizadora de capitales, se presentó como el más indicado para regir un proceso de homogeneización hacia arriba de los sectores dominantes. De este modo, homogeneidad y hegemonía harían posible enfrentar a los sectores subalternos con un poder multiplicado. Adicionalmente, la crisis mundial y sus manifestaciones agudizadas en la economía argentina, habían puesto en primer plano a aquella forma de capital abstracta, móvil y proclive

⁶ Ferrer, 1982, p. 125.

23) a la especulación, que más podía beneficiarse de los mecanismos imprevisibles de una inflación alta, errática y variable por sectores. La apertura externa, la liberación del mercado de capitales y la dependencia financiera incrementada, fueron otros factores que potenciaron el poder de los sectores financieros, ligados a la gran expansión de la banca internacional privada y a los intereses de los centros mundiales de poder.

Si el predominio de la "patria financiera" entró en crisis fue porque se vinculó a mecanismos especulativos que dificultaban el crecimiento productivo, pero el desarrollo que presentó durante la dictadura dejó sus huellas en la Argentina y actualmente las finanzas operan como un poder dentro del poder.

3) Un tercer aspecto del intento de unificación, homogeneización, recomposición de los intereses de la élite dominante, fue el de la *representación*. Su complejidad exige algunas aclaraciones.

Hemos señalado la existencia de grupos sociales "horizontales" como las clases, los partidos y las tendencias ideológicas, que dan cuenta del movimiento contradictorio de la sociedad. En última instancia, remiten a relaciones de producción y relaciones de poder. El nivel de la reproducción social las articula en su proceso conflictivo. Pero también existen instituciones, aparatos estatales o privados, cuyos integrantes constituyen grupos sociales "verticales", atravesados por las contradicciones sociales que se expresan en determinadas relaciones de fuerza y, de todas maneras, recuperando en su interior un cierto "espíritu de cuerpo" que los unifica. De este modo, instituciones básicamente coercitivas como las fuerzas armadas, reflejan en su dinámica la tensión permanente entre un espíritu de cuerpo que se integra alrededor de ciertos valores doctrinarios y la presencia en su seno de contradicciones estamentales, de clase, de partido o tendencias. Su ubicación en los resortes fun-

7 Ver P. Paz, "Características de la gran expansión de la banca internacional privada", mimeo, 1982, México.

damentales de poder les asigna un papel decisivo en el mantenimiento del orden, la jerarquía, la disciplina. Es por ello que fue coherente con un sueño de restauración del orden su papel represivo, disciplinario e individualizador: en dos sentidos, ya que se acentuó en el período militar en la Argentina la vigilancia individual y se buscó quebrar los mecanismos de solidaridad para resaltar la individualidad de los seres controlables.

Una historia latinoamericana reciente de influencia norteamericana con su doctrina de seguridad nacional, preparó las condiciones internas en las fuerzas armadas para cohesionarse frente a la "subversión" y los sectores populares. La subversión fue la excusa y los verdaderos destinatarios de una acción del poder represiva, consensual, productiva, fueron las clases subalternas en el marco más general de amplios grupos populares.

Es aquí donde aparece el tema de la representación. El problema de la heterogeneidad social de una clase con vocación hegemónica, se potencia cuando se combina con desarticulación política, con su dificultad para conjugarse con partidos, con sus representaciones. La ausencia de expresión política legal, legítima, consensual, parece ser una de las dificultades principales de la élite productiva, financiera y comercial en Argentina. El gran capital concentrado no tiene formas de representación estables dentro del juego constitucional, republicano, que establezcan homogeneidad en su diversidad de intereses.⁸ Al menos desde que el Partido Conservador quedó en la noche de los tiempos. Entonces, su tendencia consiste en presionar en favor de sus intereses a diversos partidos, instituciones y tendencias de pensamiento. O en apelar recurrentemente a la quiebra de la legalidad constitucional, cuando sus valores se ven crecientemente afectados. Tal era la situación descrita en vísperas del golpe de 1976.

Es allí donde confluyeron los militares defensores del orden social y los grandes detentadores de la riqueza. Ante la movilización social, prevaleció el sueño oculto de los militares de convertir a la sociedad en un cuartel con sus jerar-

24) quías, su respeto a la autoridad, su uniformidad. Ante el ascenso obrero y los desbordes sociales, el gran capital imaginó imponer su autoridad absoluta como la impone a los trabajadores en la fábrica, transformar a la sociedad en un gran taller. De esta manera se anudaron los intereses de la producción y el poder, constituyendo un bloque de poder concentrado que reunía fragmentos diversos de clases, instituciones y partidos, en fin, fuerzas sociales diversas. Unificados ante el accionar guerrillero, preocupados por la movilización de masas y empujados hacia el control del gobierno por la inoperancia a la que se sometió al proceso peronista, los militares asumieron la defensa de las "fronteras ideológicas", del orden. Pero garantizar el orden coincidía con la defensa de los intereses de la élite económicamente dominante, de la seguridad, la eficiencia y la productividad. De este modo, quizás contradictoriamente, las clases dominantes encontraron su representación. Más exactamente, se conjugaron los sectores dominantes de los ciclos de producción, reproducción y poder. El intento fue efímero pero eficaz, porque permitió realizar innumerables tareas. Efímero, porque en el centro del poder —más precisamente, en el gobierno— los militares comenzaron a sentir en su interior el cruzamiento de contradicciones económicas, políticas e ideológicas.

Pero el fracaso final de la experiencia en su superficie, en sus manifestaciones más evidentes, no implica dejar de reconocer el efecto homogeneizador que tuvo para las clases dominantes. Es por ello que puede ser analizada como una estrategia de poder tendiente al fortalecimiento de la dominación. Homogeneización, hegemonía y representación, cierran el círculo de articulación de los intereses de la élite en la coyuntura del período dictatorial, evidencian la ocurrencia de una etapa de confluencia unificadora inusual de las cúpulas de la producción y el poder.

Aquí dejamos de tratar las características generales de la estrategia de poder presentada y su conjugación con determinaciones económicas, que confluyen para generar un proceso de unificación de los grandes sectores propietarios. El paso siguiente consiste en analizar la otra cara de

la moneda, la fragmentación de las clases subalternas, el debilitamiento de las bases de constitución de la alianza que conforman los sectores populares. Es allí donde situamos el interés principal de este trabajo.

IV. LOS CONVIDADOS DE PIEDRA

25)

I. LA FRAGMENTACION

El intento —producto de una estrategia de poder que resulta de un mosaico abigarrado de medidas sociales, políticas y económicas— de *heterogeneizar a los sectores populares*, fue algo mucho más complicado y tiene un origen más lejano en el tiempo. Se conjuga, también, y de ahí que pueda confundirse su sentido en términos de poder, con determinaciones estructurales que vienen de la situación de dependencia. ¿Pero no es acaso la dependencia también un mecanismo de poder, una relación de fuerzas que se promueve desde dentro y fuera de nuestras sociedades?

Si se trata de analizar la conformación de los sectores populares (y especialmente de las clases subordinadas) desde la óptica del poder, teniendo en cuenta el haz de relaciones de fuerza en que se inscribe y considerando los distintos niveles en que se manifiestan los efectos de poder, conviene hacer algunas precisiones que enriquecen el tratamiento. Diferenciamos el poder social, del poder económico y el poder político. Como se ve, el fenómeno del poder recorre todos los niveles de la vida social adquiriendo un color peculiar en cada uno de ellos.

Al referirnos al poder social de determinados grupos (sea clase socio-económica, grupo primario, partido político, grupo institucional o tendencia ideológica, y considerando

26) que aquí nos referimos básicamente a los grupos sociales como clases), hacemos referencia a una serie de aspectos: su mero peso cuantitativo, su grado de homogeneidad social dado por condiciones de vida o trabajo similares, la proyección social de su prestigio como grupo valorizado y su nivel de autoconciencia diferenciada o de cohesión ideológica que potencia sus posibilidades de acción común. Es difícil establecer *a priori* sin un exhaustivo estudio empírico, el peso que cada uno de estos temas tiene en la ecuación de poder social, pero sí parece claro que éste resulta potenciado por la combinación de aquéllos.

También el poder económico de los grupos sociales resulta de la conjunción de varias dimensiones: su participación relativa en el producto social, el desarrollo tecnológico de la actividad en que se inscriben, el nivel de ingresos que directamente perciben y, por último y punto esencial, el grado en que se sitúan en un punto nuclear del encadenamiento de las actividades económicas. Sobre esto último, cabe una mayor precisión: con el desarrollo del capital monopolista, la socialización creciente de los procesos de trabajo y la mayor integración-diversificación de las actividades productivas, se desarrollan cada vez más encadenamientos económicos que articulan a las diversas actividades en términos de ingreso-egreso de materias primas, equipos productivos, fuerza de trabajo, medios de consumo, capital dinerario, capital comercial y servicios. En estos eslabonamientos económicos, ciertas actividades llegan a convertirse en núcleo económico de complejos integrados de actividad económica (por ejemplo, en algunos países latinoamericanos, la fase terminal en el complejo automotriz), y ciertos complejos integrados se vuelven núcleo económico del conjunto de actividades productivas de la sociedad (por ejemplo, los complejos industriales de producción de bienes de consumo duradero, también en algunos países latinoamericanos semindustrializados). La vinculación laboral de determinados trabajadores a estos núcleos económicos, promueve tanto su poder económico relativo como su capacidad de negociación sindical. En conjunto los factores mencionados determinan el poder económico de los grupos sociales.

Obviamente, esto se aplica directamente cuando nos referimos a clases sociales, fracciones o estratos, pero también tiene aplicación indirecta a otros agrupamientos, tales como partidos o tendencias, en donde se trataría de determinar la inserción laboral o económica de sus miembros.

En cuanto al poder político de los grupos sociales, es decir a su capacidad de ejercer un papel activo en una determinada relación de fuerzas específicamente política, contribuyen a determinarlo aspectos como los siguientes: su grado de cohesión política expresada en prácticas recurrentes, el nivel organizativo, la tradición de lucha y el control directo o indirecto de resortes de poder político institucionalizado. En última instancia, es aquí donde se condensan las relaciones de poder, se dirimen las contradicciones sociales y se producen los cambios fundamentales en las relaciones de fuerza que guardan entre sí clases sociales, partidos políticos y tendencias ideológicas. Pero no se sitúa allí el foco de nuestra atención principal, si bien puede verse como la desembocadura de nuestro análisis: el tema de la representación.

El centro del problema, en este trabajo, es el de los cambios en el poder social de los distintos sectores de la sociedad argentina y, a esta altura, particularmente el efecto de poder que implicó una fragmentación de las capas populares, un desplazamiento de sus poderes relativos y una disminución de su poder en los diferentes niveles. Necesitábamos hacer esta larga digresión para retomar el hilo de la exposición con todos los elementos analíticos a la mano.

2. LOS OBREROS

Empecemos por analizar el caso de los *obreros industriales*, sector de aglutinación clásica de las masas populares que, en la Argentina, fue constituyéndose en los años de proscripción (1955-1973) en eje articulador de la resistencia peronista. Decíamos que la participación relativa en el producto

27) social era un elemento constituyente del poder económico de los grupos sociales.

Ahora bien, la política de levantamiento de las barreras arancelarias, de eficientización de la economía y de transferencia de recursos de la industria hacia otros sectores, que implementaron los militares y las fuerzas regresivas desde el aparato del Estado y otras instancias de poder, produjo un desmantelamiento de la producción industrial, una ola de quiebras de empresas y una considerable reducción absoluta y relativa del valor agregado de la industria manufacturera. El cuadro V ilustra claramente este proceso, en que los sectores industriales pasaron de explicar un 29% del producto bruto en 1975 a dar cuenta del 25% en 1980. Se puede hablar de una efectiva política de desindustrialización originada en la necesidad de fortalecer a los sectores agropecuarios, en la conveniencia de introducir un mayor nivel de eficiencia en toda la economía o en el interés de los sectores financieros en derivar capitales productivos hacia la circulación asociada a la centralización de capital, pero la conjunción de todos esos factores no alcanza a explicar el inusitado y ahistórico proceso de deterioro de la producción industrial. Más precisamente, los elementos expuestos contribuyen a aclarar el fenómeno, pero hace falta introducir la dimensión del poder para completar la explicación. Y coherentes con nuestra hipótesis, que subordinaba la producción al poder entre los objetivos del proceso de reorganización implementado, el tema de la desindustrialización se vuelve un aspecto fundamental de la estrategia de poder puesta en juego, porque restaba poder económico y social a dos actores fundamentales: los propietarios industriales medios y los obreros manufactureros, el eje de la alianza industrial-obrera, el núcleo social del peronismo, de aquel movimiento político que había dado cabida en su seno a grupos "subversivos" con influencia de masas como nunca había registrado la historia argentina del último medio siglo. Era la misma estrategia de poder que golpeaba a peronistas, obreros y otros grupos sociales en su vida, su libertad y sus organizaciones, la que se ocupaba de restarles las bases de su poder económico, de convertirlos en trabajadores sin trabajo,

de excluirlos de la sociedad. Eran los perdedores de un proceso histórico en que había sonado la hora de la espada, la reacción y la muerte.

Algunos obreros, muchos, seguirían trabajando en la industria pero trabajando menos horas. Procurando no despedir personal de un modo que generara situaciones explosivas y deteriorando el salario medio por hora, los patrones actuaron disminuyendo aun más los ingresos obreros al disminuir las horas trabajadas.

Datos del INDEC citados en un trabajo reciente,¹ evidencian la caída de las horas-obrero trabajadas en la industria manufacturera, en números índice, de un valor 100 en 1970, a 104 en 1978 y a 84 en 1981. Allí se ve claramente que este fenómeno se acentuó presentando características alarmantes en las industrias textiles, de vestimenta, calzado y maquinaria. Estas últimas —de producción de maquinaria eléctrica y no eléctrica— presentan un considerable deterioro de las horas trabajadas, revelando el retroceso sintomático de un sector fundamental para abastecer de equipos al resto de la industria y estimular la ampliación del proceso reproductivo. Revelan la imagen más clara de una estrategia desindustrializadora.

Otro tanto ocurrió con los salarios obreros, que decayeron en su capacidad adquisitiva en forma aguda, en porcentajes que distintos autores calculan —para el período 1974-1982— entre un 40% y un 60%. Según información elaborada por FIDE en base a datos del INDEC, los salarios reales de los trabajadores argentinos cayeron —en dólares de 1976— de 217 en 1974 a 109 en 1978, lo cual habla de la disminución considerable del nivel de vida y el poder económico de los trabajadores. Poder de compra, pero también poder para solventar sus organizaciones y capacidad económica para ejercer la solidaridad de clase.²

¹ Tomasini, Roberto, "Reflexiones sobre un perfil de industrialización alternativa para la Argentina", mimeo, seminario del CIDE, México, 1982.

² Ver, para una mayor precisión con respecto a las cuestiones salariales en el período analizado, J. M. Candia, "Argentina: apertura

28) Pero no se trataba solamente de deteriorar el peso económico de los trabajadores por medio de una política salarial restrictiva, sino de dividirlos a través de un proceso de estratificación salarial. Como lo señala claramente uno de los protagonistas: "Poco a poco la pirámide salarial se va a ir invirtiendo y en lugar de tener una ancha base de personal no especializado con bajos salarios, esta base se va a ir achicando e irá aumentando el número de empleos que tendrán la oportunidad de ingresos más altos a través de una mayor tecnificación y especialización" (J. Martínez de Hoz, *El Economista*, 25 de enero de 1980). Para ello se implementó una política de simple diferenciación salarial y un mecanismo más complejo de modificar la estructura de las remuneraciones del sector industrial. Disminuyó el peso del salario básico por horas normales o extras, y aumentó la participación de otros rubros como premios y bonificaciones por incrementos en la productividad.³

Lo que alteró una tradición histórica de uniformidades salariales, fue la intensificación de las diferencias intersectoriales. Tradicionalmente había habido en la Argentina una tendencia a la equiparación salarial de los trabajadores de similar calificación o jerarquía, independientemente del sector de actividad al que estuviesen ligados. La presión sindical, la política salarial de gobiernos como el peronista y la escasa capacidad de negociación de las organizaciones patronales explicaban este fenómeno de equiparación. Pero la estrategia de poder de heterogeneización, fragmentación y estratificación de los sectores populares, impulsó una gran diversificación de los ingresos entre sectores económicos. De acuer-

económica y mercado de trabajo", mimeo, tesis de maestría, 1983, UNAM, México; algunos otros datos que presentamos han sido tomados de este trabajo.

³ Indicamos que, según datos del INDEC, el peso relativo en la estructura de remuneraciones industriales de "premios, bonificaciones y otros rubros", pasó de representar en 1975 el 12% de la remuneración total al 22% en 1980. Esto operó como método idóneo de estratificación salarial, estimulando la competencia entre los mismos trabajadores, individualizando sus intereses, fragmentando sus condiciones de vida.

do con una información reciente, se observa claramente esta tendencia al acentuamiento de las diferencias en remuneraciones intersectoriales, de tal modo que, por ejemplo, los ingresos de los bancarios pasan de triplicar el nivel medio de las remuneraciones rurales en 1976, a quintuplicarlas en 1980.⁴ Algo similar ocurre si comparamos entre sí las diferentes ramas de la industria manufacturera; aunque es probable que la tendencia se manifieste con mayor nitidez de acuerdo a los niveles de centralización de las ramas o empresas, pero no disponiendo de información precisa al respecto dejamos el problema abierto. El espectro salarial de las distintas actividades económicas, se abre crecientemente.

Ahora bien, esta estratificación salarial que apuntaba a restar poder social a los obreros y otros sectores populares, disminuyendo su homogeneidad social y, en consecuencia, las probabilidades de un accionar unificado, se asocia a la pérdida de poder económico que les significó la disminución de la participación en el producto por parte de la industria, y el deterioro de los salarios industriales o el descenso de su participación en el valor agregado del sector. Si consideramos que en el período 1975-1982, en que el producto bruto interno total a costo de factores tuvo —según datos del Banco Central de la República Argentina— una tasa anual promedio de crecimiento inferior al 1%, el sector financiero creció a más del 5%, la agricultura a menos del 2% y la industria manufacturera decreció al 3% anual, se manifiesta peculiarmente la pérdida de papel dinámico de la industria y la aparición de un sector, como el financiero, que tendió a convertirse en núcleo económico del proceso. El anterior papel nuclear de las actividades industriales vinculadas a la producción de bienes de consumo duradero —particularmente la industria automotriz— y, más en general, el hecho de presentarse la industria en su conjunto como núcleo dinamizador de la producción, confirió durante años a los trabajadores industriales, y más específicamente, a los de las actividades automotriz y metalmecánica, un

⁴ Encuesta Permanente de Salarios, Ministerio de Acción Social, Buenos Aires, 1981.

29) poder económico considerable que se traducía en fortaleza sindical y capacidad de protagonismo político. Pero en el período de la dictadura reciente, el dinamismo de las actividades financieras, el papel relevante del capital financiero en la articulación de mecanismos concentradores de poder económico y la consecuencia concomitante del favorecimiento salarial de los trabajadores bancarios, hablan de la posibilidad de un desplazamiento en las condiciones de poder entre los sectores populares.

Uno de los datos más incontestables de todo este proceso, que tiende a alterar la clásica homogeneidad de las clases subalternas en base al predominio asalariado y, dentro de éste, a la mayoría obrera, es el descenso de la fuerza de trabajo industrial. Según datos de FIDE, los trabajadores de la industria manufacturera —excluyendo al personal administrativo, patrones, socios y familiares no remunerados—, que sumaban 1.165.000 en 1975, descendieron a 740.000 en 1982, reduciéndose en la misma proporción su poder social como peso cuantitativo, su capacidad de negociación, su posibilidad de alterar relaciones de fuerza dadas. En la estructura porcentual por sectores de la población activa urbana también se manifiesta el retroceso del empleo industrial, como lo evidencia el Cuadro VI. Los datos expresan la disminución global de los trabajadores del sector *secundario* (industria, electricidad, construcción y transporte), que pasan de representar en 1974 el 48% de la población activa a dar cuenta en 1978 del 44%. Como se trata de información referida a actividades urbanas solamente no aparece el sector primario, si bien sabemos por otras fuentes que también descende, en tanto el empleo *terciario* (comercio, finanzas y servicios) sube en el mismo período del 52% al 56%. Este proceso de terciarización de la mano de obra en la sociedad argentina reconoce un origen lejano en el tiempo y obedece a múltiples determinaciones, pero en el presente contexto se visualiza como una pérdida de poder social de los obreros industriales y como un elemento de fragmentación de los sectores populares, producto de una estrategia de poder disgregadora que se combina con determinaciones económicas. El cambio cualitativo de la etapa consiste en que los emplea-

dos desplazan a los obreros, como mayoría entre los asalariados.

3. LOS EMPLEADOS

terciarización

Como se sabe, el proceso de terciarización de la fuerza de trabajo global en la Argentina —en el sentido de una participación creciente del empleo en comercio, finanzas y servicios en la estructura porcentual de la población activa— se remonta a la década de los sesenta. Entre 1960 y 1970, estos sectores pasan de ocupar un 33% de la población económicamente activa a un 41%.⁵ Pero en los años de la dictadura militar el proceso se acelera, produciendo un cambio cualitativo que lleva a que —en las principales áreas urbanas en las que recogió información la Encuesta Permanente de Hogares e incluyendo al transporte en el sector terciario— hacia 1978 la mayoría del personal ocupado sean empleados terciarios. Se produce una verdadera reestructuración social de los sectores populares, que aumenta su fragmentación y convierte en minoría a los obreros industriales, debilitando su poder social y desgranando las bases de apoyo de su accionar sindical; es un fenómeno específico que va más allá de las tendencias normales a la terciarización social del mundo capitalista.

Pero más claramente se observa el efecto de reestructuración de los sectores populares, en el sentido de derivar personal de la industria a los servicios, aumentando los empleados en detrimento de los obreros, cuando consideramos las variaciones absolutas de la ocupación por sectores y la participación de éstos en la absorción o expulsión de trabajadores. La brusca caída de la ocupación en la industria manufacturera, explica más del 90% de las expulsiones de personal en el período 1974-1978. Por su parte, todas las activi-

⁵ INDEC, Censos Nacionales de Población de 1960 y 1970.

30) dades terciarias —más la construcción— absorben fuerza de trabajo.⁶

¿Pero qué son las actividades terciarias y qué sentido tiene distinguirlas en el análisis? Desde Clark hasta Fourastié se plantearon clasificaciones similares en términos de ocupación primaria, secundaria y terciaria. En atención al tipo de productos que se generaban, a las necesidades de consumo que satisfacían y al carácter del progreso tecnológico en cada actividad, se hicieron las distinciones. El terciario quedaba como el campo de producción no material. Pero el problema que presenta la clasificación hecha —que retoma y operacionaliza Naciones Unidas en 1948—, es que incluye en el sector un mosaico heterogéneo de actividades de circulación comercial o financiera, de servicios propiamente dichos (como salud, educación, comunicación o recreación, entre otros) y de actividades estatales. Aparentemente se trata de actividades polimorfas, heterogéneas. Tradicionalmente se quiso distinguirlas en términos de su común papel improductivo, del hecho de no generar directamente excedente que fuera apropiado privadamente. En este sentido, las actividades de circulación comercial o financiera serían no productivas, pero las funciones de servicios privados que redundan en la acumulación de capital podrían considerarse productivas. El papel de las actividades estatales sería, desde el punto de vista del capital, improductivo a todas luces.

Estas distinciones pueden ser aplicables y de hecho probablemente jueguen algún papel en el comportamiento diferencial de los trabajadores. Pero el centro de la distinción entre el trabajo obrero y la actividad del empleado "terciario", debe situarse en otro nivel. Se trata de la diferenciación entre actividades laborales que operan en el campo de la producción-acumulación y en el de la circulación-reproducción, respectivamente. En el ámbito de la producción, cuyos trabajadores no jerarquizados son los obreros, tenemos la esfera de producción de excedente por antonomasia

⁶ Según datos de FIDE, en base a información del Ministerio de Trabajo, Buenos Aires, 1980.

y las contradicciones derivan de unas relaciones de producción determinadas. En el campo de la reproducción, a cuyos trabajadores directos denominamos empleados, se establecen relaciones que tienen que ver con la reproducción económica, la reproducción de relaciones sociales y la generación de poder social.

Ahora bien, el creciente peso de los empleados terciarios en la estructura ocupacional habla de un aspecto de su poder social en aumento, pero la dimensión económica complementa la imagen. Según los datos del cuadro V, las actividades terciarias —definidas allí de un modo un tanto amplio— pasan de dar cuenta del 50% del producto interno de la Argentina en 1970, a aportar el 52% en 1980. Claro que en este cuadro se incluyen abusivamente en el terciario ramas como la electricidad y que, en suma, la composición del producto no es un indicador exhaustivo para evidenciar el peso económico diferencial de los trabajadores. De todos modos, se observa que estos empleados están ligados a actividades que explican más de la mitad del producto bruto interno y ello, aún con las salvedades indicadas, les da un peso económico considerable.

En cuanto al poder político de los terciarios, es lugar común señalar la escasa combatividad de estos sectores, su limitada tradición de lucha y la falta de cohesión que deriva de pertenecer a un mosaico heterogéneo de actividades laborales diferenciadas. La menor concentración de personal en establecimientos grandes (que permite desarrollar formas de acción sindical homogénea y mecanismos de autoconciencia solidaria), da lugar a un nivel de participación política autónoma menor en los empleados terciarios privados, al menos en comparación con los obreros industriales.⁷ Un indicador aproximado del poder político diferencial de los sectores populares, lo da la *participación sindical* y, más modestamente, el peso de las afiliaciones sindicales. No disponiendo de datos recientes, nos remontamos al antecedente del año

⁷ Sobre los niveles diferenciados de concentración y las formas de organización de los trabajadores terciarios, ver Villarreal, Juan, "Los asalariados terciarios en la Argentina", mimeo, UNAM, México, 1980.

34) 1970. En el cuadro VII se observa el peso dominante que tenían los sindicatos de empleados en la afiliación de los gremios más grandes de la Argentina: de éstos, más de la mitad eran afiliados en áreas ligadas al sector terciario. Docentes, mercantiles, bancarios; estatales y otros sindicatos menores, daban cuenta de la mayor parte de la pertenencia sindical de los mayores gremios del país. Si se considera que los años posteriores a 1970 y fundamentalmente los de la dictadura reciente, fueron años de terciarización de la fuerza de trabajo, entonces es probable que actualmente se haya modificado más aun la correlación de fuerzas sindicales en favor de los empleados y en perjuicio de los obreros.

Pero el sector de trabajadores terciarios no es homogéneo. Más allá de la presencia de ramas de actividad diversas con procesos de trabajo y niveles salariales distintos, en este conjunto se manifiesta con particular intensidad la presencia de formas de organización del trabajo disímiles: la actividad estatal, el sector formal y el sector informal. Este último alude a las actividades en que se concentran los trabajadores ocasionales, cuenta propia, de bajos ingresos y con condiciones precarias de trabajo. El sector formal resulta de los requerimientos dinámicos de la producción material y de la propia inversión de capital en servicios que responde a una demanda incrementada. Pero tanto los servicios estatales como la actividad informal, operan como áreas de refugio ocasional y con niveles de remuneración bajos. Ahora bien, una gran parte del crecimiento reciente del sector terciario tuvo que ver con la difusión del trabajo independiente. Pero éste requiere un tratamiento por separado.

4. LOS INDEPENDIENTES

El aspecto del proceso de heterogeneización de las clases subordinadas más evidente, porque nos habla de trabajadores que se excluyen de la relación salarial, es el del crecimiento del trabajo independiente; según los datos del cuadro IV, en las ciudades argentinas, los trabajadores por cuenta

propia pasaron de representar el 21% de la población activa en 1976 al 24% en 1981, lo cual habla de un ritmo acelerado de crecimiento. Sabemos por los datos de los cuadros I y III, que la Argentina presentaba tradicionalmente uno de los niveles más altos de difusión del trabajo asalariado en América Latina. Ni la economía campesina, ni el trabajo artesanal u otras formas de empleo autónomo, tenían una presencia significativa en la sociedad argentina, lo que daba al mundo de los asalariados un peso social considerable y, dentro de ellos, a los obreros industriales. Actualmente, los trabajadores independientes tienen una presencia numérica equivalente a la de los obreros de la industria manufacturera, núcleo básico de la clase obrera. En este desarrollo incidieron los mecanismos de la reproducción subordinada, la crisis económica de estos últimos años y también, fundamentalmente, una estrategia de poder dirigida —a través de múltiples efectos moleculares— a heterogeneizar, estratificar y fragmentar a los sectores populares. Se puede suponer que la mayor parte de la expansión del empleo independiente provino del cese de asalariados industriales y se dirigió a las actividades terciarias, al menos en el período 1974-1978.

Como se ha mencionado en un trabajo reciente, "los sectores que más absorbieron el empleo autónomo fueron los servicios (unas 60.000 personas), construcción (44.000), comercio (37.000) y transporte (6.000). Ellos fueron los responsables de que el empleo total se mantuviera constante, pero también de su recomposición interna por categoría ocupacional".³

La información del cuadro VIII, restringida a las más grandes ciudades argentinas, nos presenta una imagen de crecimiento del empleo cuenta propia que llega al 24% en 1980, en el mismo sentido indicado. Pero nos permite visualizar el ritmo mayor de aumento de la autonomización del trabajo en ciudades como Córdoba, Rosario y Mendoza, en las que, a la crisis productiva general, se agregan los efectos

³ *El mercado de trabajo en la Argentina...*, Ministerio del Trabajo, Dirección Nacional de Políticas y Programas Laborales, p. 43, 1980, Buenos Aires.

32) de crisis agudizados en las economías regionales. Es dable suponer que en las áreas del norte argentino, el trabajo independiente adquiere un carácter más marcado de empleo marginal, informal, precario. Es que la actividad autónoma recorre *diferenciaci3nes internas*: una situación de trabajo sin personal a cargo es la que puede desarrollarse con una magnitud apreciable de capital que permite apropiarse excedente; otra se presenta cuando se trata de trabajadores autónomos sin capital alguno que presentan frecuentemente ingresos inferiores al trabajador asalariado estable; y una tercera es la situación intermedia del pequeño propietario de exiguos recursos de capital que no apropia excedente reproduciéndose en la misma escala. Este abanico de situaciones pone de manifiesto la estratificación interna de los trabajadores independientes. Pero más allá de ello, en conjunto tienen en común el hecho de desarrollar una actividad laboral no socializada, en pequeña escala y con escasos recursos técnicos, lo que los vincula a formas de conciencia social individualistas y poco propensas al accionar sindical colectivo. Situado en los poros de la actividad social, con un escaso poder económico limitado por sus condiciones de baja productividad o su papel subordinado en la esfera de la circulación, no ligado orgánicamente a actividades sindicales que potenciarían su poder político, el trabajador independiente sólo tiene para ofrecer a la sociedad el peso social creciente de su cantidad. Su posición en el mercado como trabajador aislado presenta una situación social no fácilmente articulable con la de los asalariados de base (obreros y empleados, es decir, proletarios), pero su papel subordinado pasible de ser explotado lo integra el conjunto de las clases subalternas (independientes, obreros, empleados). En estas últimas encontramos el núcleo movilizador de los sectores populares.

Pero sabemos que el crecimiento del trabajo independiente en la Argentina, con un ritmo relativamente lento pero llamativo, se remonta a la década del cincuenta. Se ubica en un contexto general de limitaciones a la reproducción ampliada del capital productivo que estimulan las formas de reproducción en escala constante, de progresiva centraliza-

ción de capital y de intentos de beneficiarse de una movilidad social individual que había sido tradicional en la Argentina. Lo peculiar del crecimiento de los independientes durante el período militar, es que se inscribe en una estrategia de poder fragmentadora de las clases subalternas, tendiente a reducir el peso de las relaciones salariales y a debilitar el mundo obrero. Dirigida a reducir el poder de negociación de asalariados y obreros. En este sentido, puede mencionarse a título de hipótesis que el proceso de independización bajo la dictadura resulta de la convergencia específica de: una política desindustrializadora que expulsa trabajadores del campo de la producción, una caída de los niveles salariales masivos que desalienta el trabajo asalariado y un endurecimiento de las condiciones de trabajo en relación de dependencia que estimula la búsqueda de la ocupación cuenta propia. En condiciones de restricción a la actividad sindical, la independencia laboral aparece como ventajosa, al mismo tiempo que permite evitar los riesgos sociales de una desocupación demasiado elevada. En estas condiciones, el trabajador independiente que fue generando el proceso de la dictadura tendió a caracterizarse por su perfil proletarizado, precario, marginal. El independiente que es pequeño propietario, vio reducida su presencia. Con un poder económico limitado por sus condiciones de baja productividad, no ligado socialmente a actividades sindicales que potenciarían su fuerza política, como hemos señalado anteriormente, el trabajador independiente se sitúa en una posición social distinta de la de los trabajadores asalariados, evidenciando el proceso de individualización referido y contribuyendo a fragmentar a las clases subalternas.

Pero la situación proletarizada de ciertos trabajadores independientes, que caracterizábamos como empleo autónomo sin capital y con niveles de ingreso inferiores a los del asalariado estable, nos pone en contacto con el problema de las formas de marginamiento ocupacional. Una estrategia de poder desindustrializadora, orientada a la fragmentación popular y combinada con un acelerado proceso de centralización de capital, necesariamente debía marginar a ciertos

sectores de la población. A pesar de la expulsión de trabajadores de países limítrofes, de la emigración de mano de obra argentina (fundamentalmente profesionales, técnicos y obreros calificados) que por razones diversas salieron al exterior, de la disminución observada de las horas trabajadas en la industria, el retroceso del empleo productivo determinó el crecimiento de las formas marginales de trabajo cuenta propia, el crecimiento de los servicios informales y, a partir de 1980, el aumento del desempleo y el subempleo. Como se puede observar en los datos del cuadro IX, la tasa abierta de desempleo en las principales ciudades argentinas vuelve a manifestar la tendencia hacia una situación de desocupación estructural. Según información de FIDE, referida a las mismas ciudades del cuadro mencionado, las tasas de subempleo (ocupados que trabajaron menos de 35 horas semanales y deseaban trabajar más tiempo) oscilaban en 1981 entre 5% (Gran Buenos Aires) y 13% (Mendoza), mientras que en 1982 se ubicaban entre 9% (Gran Buenos Aires) y 12% (Mendoza), indicando una incidencia considerablemente alta —en relación con los niveles históricos del subempleo visible— de esta forma de marginamiento ocupacional. Es así que el agravamiento de la presencia de sectores marginales como los mencionados, habla de otro aspecto de la fragmentación y el debilitamiento de las capas subordinadas que se produjo durante el período dictatorial regresivo.

V. CONCLUSIONES

I. LOS DE ABAJO

Tratemos ahora de extraer algunas conclusiones generales. Habíamos planteado que la peculiar configuración de la estructura social que dio lugar —en conjunción con otros factores— al auge de movilizaciones populares de la primera mitad de los setenta, evidenciaba una articulación social heterogénea por arriba y homogénea por abajo. Situación en lento proceso de transformación como efecto de la tendencia a la *latinoamericanización* de la sociedad argentina —que hemos analizado en otra parte—, pero que mantenía sus coordenadas fundamentales cuando se produjo la historia de avances populares previa al golpe de 1976.

Los comienzos del retroceso de las fuerzas progresivas —que pueden situarse en el contradictorio período de gobierno de Isabel Martínez de Perón— hicieron entrar en escena todo el juego de conflictos cruzados de fuerzas sociales ingobernables, partidos políticos enfrentados, tendencias ideológicas exacerbadas y grupos institucionales contestatarios. Allí comenzó el proceso social regresivo, enfrentando a clases subalternas y sectores populares en general. Se inició en un marco de contradicciones sociales que se expresaba como conflicto interno en el movimiento peronista y siguió trágicamente como un juego militar represivo de "guerra sucia", con desapariciones, muertes, cárcel y lágr-

34) mas. No fue aquí nuestro objetivo analizar en detalle este proceso desde el punto de vista económico, político o cultural, sino proporcionar algunos elementos esclarecedores sobre una estrategia de poder —obra de múltiples iniciativas sociales y efecto de acciones moleculares diversas— dirigida a enfrentar el problema estructural expuesto, con una *doble búsqueda de la homogeneización de los sectores dominantes y la fragmentación de las capas subalternas*. Decíamos que en este proceso —que se asocia en el largo plazo con la tendencia a la latinoamericanización descrita, pero que la acentúa favorecido por condiciones inéditas y se manifiesta tratando de producir una reestructuración radical de las bases sociales del poder—, intervienen condiciones económicas como la reproducción subordinada peculiar de una estructura en que se anudan capitalismo y dependencia (que también puede ser vista como una determinada estrategia de poder), así como la situación coyuntural de crisis económica asociada a la tendencia al predominio de las actividades financieras y especulativas. Pero todo ese conjunto de factores económicos, ideológicos y sociales, se rearticulan subordinados a una complicada red de poder que pone en juego el proceso social regresivo de 1976-1983, para reestructurar las bases de la vida política argentina, desplazar los centros de poder social y fragmentar a los sectores populares. Vistos desde esta perspectiva, los fracasos económicos del régimen dictatorial, se trastocan extrañamente en éxitos políticos, pero en éxitos magros y de corto plazo, porque toda esa acción desarticuladora del poder podrá servir para dificultar la fortaleza obrera, la homogeneización popular y su expresión política unitaria en lo inmediato, pero tiene un cierto hábito de vuelta al pasado y, al no ofrecer soluciones dinamizadoras a los graves problemas económicos y sociales del país, al no proyectar una imagen de desarrollo hacia el futuro, cae por su propio peso.

Evidentemente, el intento de homogeneizar por arriba a la sociedad dio ciertos resultados, porque la centralización acelerada concentró el poder económico en la cúspide y borró el poder social de numerosos sectores empresarios pequeños y medianos que eran tradicional base de apoyo

de proyectos populares. Pero la definición hegemónica del problema fue difícil, efímera y conflictiva: el sector financiero entró en crisis, los sectores productivos se unificaron contra la "patria financiera" y hoy la cuestión vuelve a estar abierta. Algo similar, pero más grave, ocurrió con el sueño oligárquico del "partido militar" conservador, garante del orden y unificador de las clases dominantes. Ubicado en el centro del poder, fue atravesado por las múltiples contradicciones de la sociedad civil, resultó perdedor en su oficio específico cuando el triste episodio de las Malvinas y comenzó a desmoronarse. Necesitado de recomponerse institucionalmente, el grupo militar abandonó su vestidura partidaria y se retiró a asegurar el control de sus verdaderas fuentes de poder: los cuarteles, las armas, los soldados, en un intento de recomponer jerarquías, normas y valores unificadores.

Peró la fragmentación popular sí es la herencia fundamental que deja este proceso social regresivo. La estratificación obrera, la desindustrialización, el crecimiento de sectores como los empleados terciarios, los independientes y los marginales, dan testimonio de una vida popular heterogeneizada, desarticulada y distinta. Constituye un desafío a la capacidad innovadora de los actores políticos del sistema. Orientados por la coreografía del poder, los asalariados dieron un paso atrás haciendo lugar al avance de independientes y marginales; dentro de los asalariados retrocedieron los obreros y avanzaron los empleados; un verdadero movimiento de grupos que altera radicalmente las fuentes sociales de poder, que cambia las bases económicas del mismo, que modifica las condiciones del accionar político. ¿Pero quiénes son estos actores sociales en danza? Obreros, empleados, independientes, campesinos, marginales, son figuras considerablemente heterogéneas y frecuentemente presentes en la literatura sociológica, así como en la crónica de las luchas sociales.

Los proyectos de cambio social del siglo pasado en los países europeos frecuentemente presentaban como sujeto social fundamental a los obreros, asentados en una realidad de creciente proletarianización industrial, de alta urbanización

35) y constitución de la industria en núcleo articulador del proceso económico. Las rebeliones campesinas europeas en siglos anteriores, así como las guerras de liberación en sociedades colonizadas, expresan el hilo conductor que da cuenta de la irrupción campesina (como la figura más notable entre las distintas formas de trabajo independiente) en las luchas sociales, con su preocupación por la tierra en economías fundamentalmente agrícolas y sus formas de acción explosiva. La marginalidad se asocia a la miseria campesina en América Latina, pero en la Argentina del proceso militar comienza a manifestarse como fenómeno principalmente urbano, como desocupación industrial, como subempleo en servicios, como formas precarias de actividad independiente de la circulación; los marginales no parecen haber sido en la historia sujeto social protagónico de procesos de cambio, sino fuerza social de apoyo tanto de proyectos progresivos como regresivos. Pero los empleados terciarios son, quizás, el grupo popular menos estudiado, menos conocido y los que se han convertido en mayoría absoluta entre los sectores populares argentinos. Hoy la Argentina no es predominantemente una sociedad agrícola, ni una sociedad industrial, sino que se han vuelto predominantes las actividades de servicios y esto da como consecuencia el crecimiento del poder social de los empleados. La actividad de trabajo alrededor de la cual giran la economía y la sociedad —controladas desde múltiples puntos por la mirada del poder— en la Argentina, ya no es la labranza manual de la tierra, ni el trabajo mecanizado de producción material de la industria, sino el trabajo de producción de servicios inmateriales en el que se utilizan símbolos para la producción de símbolos. Burócratas, oficinistas, técnicos, profesionales, docentes, enfermeras, investigadores, médicos, funcionarios, vendedores, comisionistas, mozos, lustrabotas, cajeros, payasos, etc., se han convertido en un verdadero ejército de trabajadores que ya son mayoría en la sociedad. Representan un mosaico fragmentario de actividades diversamente ligadas a la circulación de capital, a la reproducción ideológica del sistema y al ejercicio de las funciones menores del poder. Ligados a formas de organización del trabajo terciario distintas,

como el trabajo de los asalariados estatales, la ocupación formal estable en los núcleos dinámicos de circulación o servicios, y los empleos informales en actividades callejeras inestables o en servicios marginales, los empleados terciarios presentan su fragmentación real oculta bajo la máscara ilusoria de una pertenencia mayoritaria a la categoría de asalariados. Pero —tal como observamos en los datos que evidencian la fuerte afiliación sindical de gremios como docentes, mercantiles, bancarios, estatales y otros— su creciente sindicalización, así como los bajos niveles salariales que registran y la amenaza del fantasma de la desocupación, han ido convirtiendo a los empleados de la Argentina en una figura social postergada y a considerable distancia de lo que se llama “nueva pequeña burguesía”.¹

En los tiempos actuales, la caracterización de los empleados de comercio, finanzas y servicios, como una capa privilegiada de la sociedad es más un mito que una realidad concreta.

2. REPRODUCCION DE LOS EMPLEADOS

Más que nueva pequeña burguesía, trabajadores privilegiados de cuello blanco, capa media asalariada, la gran masa de los empleados terciarios en la Argentina (y otros países latinoamericanos) se ha ido convirtiendo en una nueva fracción del proletariado. Si bien no ligados a la producción material como los obreros, los empleados se han ido conformando como sector social cada vez más postergado, sometido a condiciones severas de explotación, con bajos salarios, descalificados en el proceso de trabajo, considerable incidencia de la desocupación y desarrollo de formas de acción sindical tradicionalmente vinculadas a la clase obrera industrial. Pero la especificidad de la lucha gremial de los trabajadores terciarios es que inmediatamente se sitúa en el campo de las relaciones de poder, en la medida en que su actividad laboral

¹ Sobre este tema, ver Poulantzas, Nicos, *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo XXI, México, 1976.

36) refiere a la reproducción de las relaciones sociales y su movilización afecta los mecanismos políticos de la reproducción. Sea que atendamos al papel de las actividades de circulación en el funcionamiento circular del sistema social, al papel de los empleados estatales en el ordenamiento administrativo general, a las actividades de servicios ligadas a la formación o recomposición de la fuerza de trabajo, a los servicios de reproducción ideológica de la sociedad, en toda esta serie de tareas desempeñadas por empleados terciarios nos encontramos con los resortes reproductores del poder. Multiforme, difuso y molecular, el poder está siempre presente en forma directa en las "correas de transmisión" política hacia el conjunto de la sociedad en que se han transformado las ampliadas actividades de servicios: comunicación, educación, investigación, administración, vigilancia, recreación, salud y otras, constituyendo un multifacético entramado de funciones de poder, control y reproducción. Sus trabajadores de base se convierten en productores de poder para otros, en generadores de una reproducción en la que no ocupan el lugar dominante, en funcionarios superestructurales.²

En estas instituciones de ejercicio del poder, recorridas

² "Los intelectuales son los 'gestores' del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, o sea: 1) del consentimiento 'espontáneo', dado por las grandes masas de la población a la orientación impresa a la vida social por el grupo dominante fundamental, consentimiento que nace 'históricamente' del prestigio (y, por tanto, de la confianza) que el grupo dominante obtiene de su posición y de su función en el mundo de la producción; 2) del aparato de coerción estatal que asegura 'legalmente' la disciplina de los grupos que no dan su 'consentimiento' ni activamente ni pasivamente; pero el aparato se construye teniendo en cuenta toda la sociedad, en previsión de los momentos de crisis de mando y de crisis de la dirección en los cuales se disipa el consentimiento espontáneo" ... "En el mundo moderno se ha ampliado de un modo inaudito la categoría de los intelectuales así entendida. El sistema social democrático burgués ha elaborado masas imponentes, no todas justificadas por las necesidades sociales de la producción, aunque lo están por las necesidades políticas del grupo dominante fundamental." (Gramsci, 1970, pp. 394-395.)

internamente por jerarquizaciones en cuyo nivel más bajo se ubica la masificación de los empleados de base, se generan formas de sindicalización que enfrentan con su accionar los mecanismos de control político. Es lugar común afirmar que habitualmente la lucha obrera puede desenvolverse por carriles fundamentalmente económicos, orientada por las reivindicaciones salariales o de distribución del ingreso, abandonada en su espontaneidad a la continua pugna por mejores condiciones de vida económica que pueden no afectar, en principio, las características bajo las que se reproduce la sociedad: de ahí que los grandes sindicatos industriales se integren paulatinamente a un estado ampliado que los incluye como aparatos de la sociedad civil. Por otra parte, la lucha campesina en sus formas clásicas, que giran alrededor del problema de la tenencia de la tierra, implica mecanismos que articulan lo económico con lo político, en un doble movimiento que conjuga las condiciones económicas de vida del campesinado con el cuestionamiento directo de los resortes del poder estructurados sobre la forma de propiedad agraria; de tal manera que las rebeliones campesinas, con su carácter discontinuo y explosivo, enfrentan a un mismo tiempo la distribución de bienes y las bases del poder, economía y política. Pero el sujeto social protagonista de una gran masificación reciente en la Argentina, los empleados, los asalariados terciarios, se sitúa laboralmente en el campo de difusión del poder a la sociedad y esa inscripción en el núcleo de la reproducción social lo inclina a generar un efecto resultante del accionar de sus movilizaciones que tiende a ser principalmente político; su actividad sindical no se limita al campo de la lucha económica, ni conjuga lo económico con lo político, sino que se inscribe directamente en el terreno de ejercicio del poder y se vuelve inmediatamente lucha política. Aunque también, contradictoriamente, suele limitarse por su espíritu de subordinación, por su "estadolatría".

Pero si el accionar de este nuevo sujeto social se desarrolla en el ámbito del poder, sobre la base de su posición estructural, qué es lo que limita todavía la participación protagónica de los empleados en los movimientos sociales

37) de nuestro tiempo. Sabemos que la creciente presencia de los trabajadores terciarios en la vida política general, en las rebeliones urbanas, en los procesos de movilización popular; pero todo ello no impide que el verdadero protagonismo social de estos sectores masificados, en términos de un accionar autónomo y hegemónico, brille por su ausencia. ¿Por qué se encuentran rezagados en relación con el nivel de lucha, organización y conciencia de los obreros?

Aquí por el momento, sólo estamos en condiciones de adelantar algunas hipótesis para un camino de investigación que deberá recorrerse. En primer lugar, el distinto nivel de concentración de capital al que hemos aludido hace que los trabajadores terciarios privados se encuentren diseminados en pequeños establecimientos en los que la formación de una autoconciencia diferenciada se desarrolla con dificultad, en tanto el núcleo dinámico de los obreros industriales se concentra en grandes establecimientos que suponen el trabajo colectivo, la abstractificación de la relación patronal y el crecimiento de formas de conciencia sociales. La evidencia empírica de los datos recientes de Censos Económicos sobre tamaño de las plantas según sector de actividad en la Argentina, avala estas afirmaciones.

9) En segundo lugar, aludiendo a un problema del que es más difícil proporcionar información que lo corrobore, un complejo de factores ideológicos explican el peculiar retraso de sus formas autónomas de lucha; en la conciencia del empleado es habitual encontrar un espectro de nociones en estado difuso que van de una percepción de su situación social como capa relativamente privilegiada, con relación a otros grupos como los obreros (que las estadísticas tienden a desmentir progresivamente), a una escasa memoria de tradiciones propias de lucha y organización, que oscurecen su papel específico en la historia. Este problema se vincula asimismo con la ubicación de los empleados en aparatos de reproducción y ejercicio del poder, situación ambivalente ya que, si por un lado politiza inmediatamente sus acciones, por el otro los sitúa en una posición de poder relativamente privilegiada respecto a otros sectores y como objeto de un rígido control jerárquico burocratizado.

Pero cualesquiera que sean las limitaciones que impiden el desenvolvimiento del protagonismo de los empleados terciarios, su peso social crecientemente mayoritario es probable que los conduzca a ocupar un lugar cada vez más destacado en la vida política. En el complejo proceso de desarrollo, urbanización y terciarización (que en el período militar se conjugó con una estrategia desindustrializadora) a la orden del día en la Argentina, el nuevo proletariado terciario de empleados, a media distancia entre el trabajo intelectual y las labores manuales, situado en el dilema de optar entre el protagonismo o la manipulación, irá generando sus propias formas de pensamiento y accionar ocupando como actor un papel que todavía no ha definido con claridad en la escena.

Hemos señalado estos elementos que enriquecen la caracterización de los empleados, en razón de la importancia masiva que adquirieron en estos últimos años en la Argentina reestructurada como producto de una estrategia regresiva de poder que fragmentó a las capas subalternas. Empleados, independientes y marginales, se imponen sobre el trasfondo de un mosaico popular heterogéneo, fragmentario y heterónimo que deberá generar, sobre nuevas bases sociales de poder, una perspectiva renovada de expresión política. Pero podría decirse que la terciarización general de la mano de obra en algunas sociedades latinoamericanas, al igual que el lento proceso de crecimiento del trabajo de servicios que comienza a manifestarse en la Argentina en los sesenta, no son más que un mismo fenómeno identificable (con las mismas causas, condiciones y consecuencias) con el que presenta este último país bajo la dictadura reciente, minimizando el papel de una estrategia de poder multiforme como la que hemos identificado. Hacen posible rechazar la hipótesis de identificación un conjunto de elementos que expondremos a continuación. En primer lugar, la estrategia de poder fragmentadora que se desplegó en la Argentina se basó en un proceso de desindustrialización que no acompañó tradicionalmente los mecanismos de terciarización del país, ya que los mismos tuvieron uno de sus anclajes básicos en un desarrollo de los servicios como complemento dinámico de una

38) industria en expansión que los requería; de un crecimiento industrial que necesitaba de financiamiento para sus operaciones, comercialización y transporte para la circulación de sus productos, y servicios de publicidad, tecnología, capacitación o salud para cubrir funciones que iban desde la expansión de los mercados hasta la reproducción de la fuerza de trabajo. En segundo lugar, el peculiar proceso de terciarización que inscribimos en un contexto de heterogeneización popular, arranca de un efecto de desplazamiento de la economía de producción por una economía de especulación que ilumina con una luz peculiar el tipo de servicios que se desarrollaron: los servicios dinámicos asociados a la producción fueron desplazados por diversas funciones especulativas de agentes financieros, comisionistas y expertos vinculados a la intermediación parasitaria; de tal manera, esta peculiar terciarización especulativa, se presenta como la figura imaginaria de un crecimiento de sectores sociales que no expresan el aumento de la riqueza social, que resultan más bien de diversos mecanismos de redistribución de un poder económico inmóvil, del estancamiento del trabajo productivo acumulado. En tercer lugar, la terciarización reciente de la Argentina se asoció estrechamente con marginalización, componente que no se presentaba significativamente en el crecimiento de los servicios en este país en años anteriores, pero que sí expresaba clásicamente la situación latinoamericana aunque partiendo de condiciones históricas distintas; de esta manera, el proceso regresivo ocurrido en la Argentina implementó (como conjunción del accionar múltiple de diversas fuerzas sociales) efectos de poder que combinaron la terciarización que fragmentaba a los sectores populares, con formas marginales de empleo informal y un desarrollo masivo del trabajo independiente de escasos recursos.

En última instancia, la concentración de poder que enfrentaba a las masas movilizadas, requería incentivar los mecanismos reproductores, redimensionar los aparatos de dominación. La vigilancia de la sociedad, el control individualizado de la población y el bombardeo ideológico restaurador, son todas actividades que requerían de la expansión

del empleo terciario, de la reproducción de los empleados.

Así quedan expuestas las características específicas de la terciarización reciente que produjo el proceso expresado en la dictadura, proceso que al golpear a los obreros en el terreno abierto del poder no podía sino hacerlos retroceder asimismo en el campo frecuentemente oculto de las bases sociales del mismo.

3. LAS VISPERAS

La reestructuración social analizada deja, entonces, la presencia en el entramado de la sociedad de una cúpula enriquecida, concentrada, homogeneizada. Con sus formas de representación nuevamente desarticuladas. La fragmentación de las clases subalternas se acompaña de una ruptura de algunas de sus redes organizativas, de un debilitamiento de otras. La masificación de grupos sociales con características nuevas, el cambio en la estructuración de las relaciones en todo el cuerpo social, ponen en cuestión los lazos tradicionales de representación. Se ha transitado un camino que va de la crisis política, de la movilización, de la ingobernabilidad de las masas, a las precondiciones de una crisis orgánica. Las profundas mutaciones sociales operadas en el período dictatorial en la Argentina se instalan como un desafío a la imaginación política de los sectores populares, nacionales, democráticos. A la fragmentación del reflujo, deberá seguirle la recomposición sobre nuevas bases enmarcadas en el cuadro actual de relaciones de fuerza, generando formas inéditas de acción política. Porque la vitalidad de los partidos, de los movimientos populares, está dada por su capacidad para reaccionar contra el "espíritu de rutina". Es así que nos encontramos en las vísperas de otras formas de lucha y del pasado sólo deberá quedarnos la memoria.

39)

ANEXOS

CUADRO I. Población activa según categoría ocupacional en algunos países hacia 1960. (%)

	Emplea- dores	Asalaria- dos	Indepen- dientes	Total
Argentina (1960)	13	72	15	100
Chile (1960)	2	76	22	100
Uruguay (1963)	9	74	17	100
Gran Bretaña (1966)	2	93	5	100
Venezuela (1961)	3	61	36	100
Brasil (1960)	2	48	50	100
México (1960)	1	64	35	100
Ecuador (1962)	2	49	49	100

FUENTE: Censos Nacionales de Población.

Nota: Se ha eliminado la categoría sin especificación y se han unificado los "cuenta propia" y "familiares" en la categoría "independientes", ya que no expresan relaciones salariales. El mismo procedimiento se sigue en el cuadro III.

40)

CUADRO II. Distribución de la población activa según sectores de actividad en algunos países hacia 1960. (%)

	Agro	Industria	Servicios	Total
Argentina	20	(36)	(44)	100
Estados Unidos	7	(36)	57	100
Brasil	52	15	33	100
México	55	20	25	100

FUENTE: Banco Mundial, 1979.

CUADRO III. Población activa según categoría ocupacional en algunos países hacia 1970. (%)

	Emplea- dores	Asalaria- dos	Indepen- dientes	Total
Argentina (1970)	13 6	17 72	73 15	21 100
Gran Bretaña (1966)	2	(93)	5	100
México (1970)	6	62	32	100
Ecuador (1962)	2	49	49	100
Venezuela (1970)	3	67	30	100
Estados Unidos (1970)	2	(87)	11	100
Uruguay (1963)	9	74	17	100
Honduras (1970)	3	62	35	100

FUENTE: Censos Nacionales de Población.

41)

CUADRO IV. Población activa según categoría ocupacional en las áreas urbanas de la Argentina. (%)

	1976	1979	1981
Empleadores	5.3	- 6.1	- 5.9
Asalariados	73.9	71.8	√ 70.3
Cuenta propia	20.9	22.1	↗ (23.8)
Total	100.0	100.0	100.0

FUENTE: Encuesta Permanente de Hogares INDEC, octubre.

Nota: En este cuadro, a diferencia de los cuadros I y III, los cuenta propia se toman separadamente y se incluye a los familiares y sin especificar en "otros". Los datos disponibles no permiten homogeneizar la presentación. Consideran solamente a las grandes ciudades: Gran Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Tucumán y Mendoza.

CUADRO V. Evolución sectorial del PBI en la Argentina. (%)

	1970	1975	1980
Agricultura, caza y pesca	12.9	12.9	12.9
Minas y canteras	2.2	2.1	2.5
Industria manufacturera	28.0	28.6	↓ 25.4
Construcción	6.4	5.8	↗ 7.6
Servicios, comercio y finanzas	50.4	50.6	- 51.7
Total	100.0	100.0	100.0

FUENTE: FIDE, en base a datos del BCRA, mayo de 1981.

Nota: El sector de servicios, comercio y finanzas -en estos datos elaborados por FIDE- incluye actividades como electricidad y transporte, no guardando homogeneidad con otras informaciones que se presentan y limitando, en consecuencia, las conclusiones que se extraen. Pero al no contar con otros datos al respecto, de todas maneras los incluimos aquí a título ilustrativo.

137.

42)

CUADRO VI. Personal ocupado en áreas urbanas de la Argentina por sectores. (%)

	1974	1976	1978
Industria manufacturera	32.5	29.7	28.5
Electricidad y otros	1.2	1.2	1.0
Construcción	6.8	7.4	7.9
Transporte y comunicaciones	7.0	6.9	6.8
Comercio	17.8	18.6	18.8
Finanzas y otros	4.1	4.7	5.2
Servicios	30.6	31.4	31.8
Total	100.0	100.0	100.0

FUENTE: INDEC, Encuesta Permanente de Hogares.

CUADRO VII. Cantidad de afiliados sindicales en 1970.

	Nro.	%
1 Confederación de Trabajadores de la Educación	220.000	14.6
2 Unión Obrera Metalúrgica	180.000	11.9
3 Confederación General de Empleados de Comercio	171.000	11.3
4 Unión Ferroviaria	168.978	11.2
5 Asociación Obrera Textil	115.000	7.6
6 Asociación Bancaria	77.620	5.1
7 Unión Obrera de la Construcción	75.000	4.9
8 Asociación Trabajadores del Estado	70.000	4.6
9 Unión Obreros y Empleados Municipales de Capital Federal	65.000	4.3
10 Obreros y Empleados Municipales de Avellaneda	56.884	3.8
11 Unión Trabajadores Gastronómicos	56.500	3.7
12 Federación Arg. de Trabajadores de Luz y Fuerza	53.286	3.5
13 Unión del Personal Civil de la Nación	50.100	3.3
14 Federación Obrera Nacional de la Industria del Vestido y Afines	43.000	2.8
15 Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor	40.000	2.6
16 Federación Argentina de Trabajadores de la Sanidad	38.267	2.5
17 Federación Obreros y Empleados Telefónicos	30.009	2.0
TOTAL DE AFILIADOS	1.510.644	100.0

FUENTE: INDEC y CGT.

43)

CUADRO VIII. Proporción de ocupados por cuenta propia en relación a la población activa de las principales ciudades de la Argentina. (%)

	(Octubre de cada año)			
	1974	1976	1978	1980
Gran Buenos Aires	18.5	20.1	22.5	23.1
Córdoba	18.1	23.7	26.5	28.4
Mendoza	21.6	23.8	23.7	27.8
Rosario	20.8	24.2	24.4	26.7
Santa Fe	17.7	33.9	24.5	22.8
Tucumán	17.2	18.9	17.9	18.2
Total	18.8	20.6	22.6	23.8

FUENTE: Encuesta Permanente de Hogares, INDEC.

24% de la población activa

CUADRO IX. Tasas de desempleo en la Argentina. (En porcentajes)

	(Abril de cada año)						
	1974	1975	1976	1977	1978	1979	1980
Gran Buenos Aires	4.2	2.4	4.8	3.4	3.9	2.0	2.3
Córdoba	7.0	6.1	6.5	5.9	5.1	2.6	2.1
Rosario	4.6	5.3	5.3	3.5	5.5	3.1	4.3
Tucumán	10.6	8.4	7.4	7.3	6.8	5.9	6.2
Mendoza	4.9	4.1	5.9	4.4	2.9	2.8	1.4

FUENTE: FIDE, en base a datos del INDEC.

139